

Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

“Ciudad, percepción y representación del espacio”

Mauricio List Reyes

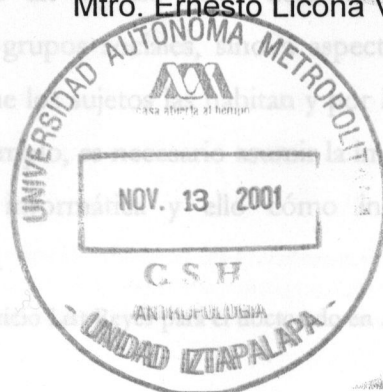
Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director : Dra. María Ana Portal Ariosa

Asesores: Mtro. Cesar Abilio Vergara Figueroa

Mtro. Ernesto Licona Valencia

México, D.F.



Noviembre del 2001

*I. Ciudad, percepción y representación del espacio**

Introducción

La investigación antropológica referida a las ciudades ha pasado por múltiples vicisitudes, que tuvieron que ver con su construcción teórica y metodológica por un lado, y con la complejización de los fenómenos urbanos a lo largo del siglo XX producto del desarrollo tecnológico, el crecimiento demográfico, los conflictos políticos y económicos, etcétera, por otro.

Diversas disciplinas como la sociología, el urbanismo, la geografía, la antropología entre otras, han abordado la problemática urbana desde diversas perspectivas de análisis y por ello considerando y analizando cualitativa y cuantitativamente aspectos de muy variada índole. En general la intención ha sido dar cuenta de los acelerados cambios que se están sufriendo en el entorno de las ciudades desde los países donde el desarrollo urbano es incipiente hasta aquellos en donde las concentraciones urbanas concentran la mayor cantidad de la población y sus actividades, lo que ha generado perspectivas de análisis diversas y en consecuencia, diferentes interpretaciones respecto de los actores sociales y de los elementos propios de las grandes concentraciones humanas.

En el desarrollo de las investigaciones de temática urbana, los enfoques y énfasis han sido diversos, a partir de los factores mencionados, y de dónde se centra el objetivo principal, con lo que se han abierto nuevas líneas de investigación en dos vertientes principales: comprender a la ciudad como ámbito complejo, y entender a sectores sociales que en ella conviven. Al interior de estos dos grandes campos se ha planteado un sinfín de problemas de investigación que, sin embargo, sigue siendo muy limitado para comprender semejante complejidad.

Hablar de ciudades, por consiguiente, presupone referirse a muchas cosas que no se limitan a la comprensión de un espacio físico determinado, o a la manera en que se interrelacionan determinados grupos sociales, sino a aspectos de la modernidad que están incidiendo en la manera en que los sujetos las habitan y por lo tanto a imaginarios y prácticas socioculturales. Por dar un ejemplo, es necesario asumir la importancia que hoy en día tiene el desarrollo de la tecnología informática y ello cómo incide en los procesos urbanos

* Capítulo teórico que presenta Mauricio List Reyes para el doctorado en Antropología Social de la UAM-I.

contemporáneos; esos fenómenos lo hacen no sólo en las grandes ciudades o capitales, sino en las ciudades medias y pequeñas. Este ejemplo nos da una idea de la enorme cantidad de aspectos que es necesario tratar al momento de referirnos a lo urbano.

El creciente desarrollo tecnológico y de las comunicaciones ha impactado la manera en que se vive en la ciudad, tanto en sus actividades económicas como en el resto de la dinámica sociocultural, y ello ha permitido al mismo tiempo una mayor interacción entre concentraciones urbanas, no importando cuan distantes se encuentren unas de otras gracias a las posibilidades generadas por las telecomunicaciones, con lo que se vuelve más complejo dar cuenta de los aspectos socioculturales que le dan sentido a la vida urbana.

En las condiciones actuales, el análisis de las ciudades implica referirse a los diversos sectores sociales que las integran, mismos que han desbordado los antiguos límites urbanos, tanto reales como simbólicos, generando nuevas problemáticas que vuelven indispensable pensarlos a la luz de factores tan diversos como pueden ser las nuevas formas de apropiación del espacio y la generación de rutas e itinerarios que individualizan la manera de vivir la ciudad, y que a la vez permiten pensar en acciones colectivas lo cual no necesariamente significa el involucramiento de todos los miembros de un agregado social determinado.

El hecho de que pensemos la ciudad, no como un espacio geográfico únicamente, sino como el ámbito de las interacciones sociales que generan prácticas culturales particulares, ha permitido que se puedan plantear nuevos problemas de investigación, sobre todo ahora que debemos enfrentarnos a la incorporación de concentraciones que hasta hace muy poco tiempo eran consideradas rurales, pero que a fuerza de encontrarse inmersas en contextos metropolitanos dinámicos, han devenido en suburbios, que en la mayor parte de los casos pasan a formar parte de otras localidades mayores geográfica y/o administrativamente hablando¹.

Nivón (1998) citando a Delgado se refiere al *crecimiento por conurbaciones*, en el que la ciudad incorpora poblados preexistentes con su infraestructura urbana y sus órganos de gobierno. Así, según este autor, el crecimiento en las áreas centrales de las metrópolis disminuye, y crece en las periferias, con la consiguiente incorporación del suelo no urbano.

¹ En este sentido, es posible que una pequeña población sea literalmente incorporada a una concentración urbana al eliminarse los ámbitos interurbanos que originalmente existieron entre ellas o cuando alguna población es incorporada al ámbito de otra mayor y por tanto inicia un proceso de incorporación física a otra mayor.

El desarrollo urbano dentro de nuestro país, ha tenido un importante dinamismo en las recientes décadas y ello ha respondido a diversos factores: demográficos, económicos, políticos y culturales, lo cual ha llevado a un desplazamiento de diversos sectores sociales hacia grandes poblaciones, entre las que destacan las capitales de las entidades y algunas importantes ciudades a escala regional². Para el valle Puebla-Tlaxcala este crecimiento tuvo como importantes detonadores, por un lado, las políticas de desarrollo urbano impulsadas por los gobiernos federal y estatales, y por otro, la acción del sector productivo que aprovechó en su beneficio la infraestructura que fue creándose en la región.

Estos, entre otros factores atrajeron a grandes sectores de población, tanto del interior del estado como de otras entidades del país, siendo una de las más importantes en cuanto a número de inmigrantes, la ciudad de México.

Asimismo, la cada vez mayor distancia entre clases sociales y la reivindicación de las identidades, cobra cada día mayor fuerza, en respuesta a las acciones homogeneizadoras que desde los diversos ámbitos públicos y privados se están generando a través de la industria cultural, y a la vez es evidente que muchos sectores sociales enfatizan sus diferencias étnicas, de clase, regionales, nacionales, de preferencia sexual, etcétera; hechos que provocan transformaciones en su composición social.

Ahora bien, es evidente que los procesos urbano-regionales son distintos en las diversas entidades de nuestro país, y que se han desenvuelto siguiendo caminos distintos, respondiendo a procesos históricos particulares, a la acción de las políticas estatales y federales en materia de urbanización, población, etcétera, y a las especificidades socioculturales de los diversos grupos de población, atendiendo a sus orígenes étnico-nacionales. Por ello, señalaremos algunos elementos específicos de la región de nuestro interés para, a partir de allí, empezar a tejer los elementos teóricos que nos permitirán la comprensión de esos procesos.

² “Sociedad y naturaleza constituyen dos dimensiones que se expresan en las relaciones entre la población y el espacio geográfico. Uno de los procesos que caracterizan al patrón de distribución territorial de la población es el crecimiento del medio urbano, en parte como resultado del crecimiento natural de las ciudades, pero también por los flujos de migración que se ven atraídos por las oportunidades económicas que ofrecen estos ámbitos. Se estima que entre 1990 y 1995, 82% de los movimientos de población dentro del país se dirigieron a las ciudades.

Las ciudades absorbieron 78.5% del incremento de población nacional observado entre 1990-1995, que fue de 9.9 millones de personas.

Así como la concentración de población en centros urbanos es una característica del patrón de asentamientos humanos del país”. Información obtenida en la página electrónica del *Consejo Nacional de Población*.

Así, el caso que nos ocupa en este trabajo está caracterizado por estar inmerso en un complejo proceso de transformación urbana en el que participan diversas localidades que van desde pequeños poblados hasta la ciudad de Puebla, capital de la entidad del mismo nombre, las cuales poco a poco han ido conformando una gran zona metropolitana que incorpora inclusive a algunas poblaciones del vecino estado de Tlaxcala.

Específicamente nos interesa la ciudad de Cholula, población compuesta por dos cabeceras municipales: San Andrés y San Pedro Cholula, cada una con sus respectivos barrios. Ambos municipios situados al poniente de Puebla cuentan además con Presidencias Auxiliares que abarcan un importante territorio, que se ha ido incorporando a la dinámica urbana a través de la incorporación de una importante infraestructura industrial y de servicios.

Dentro del crecimiento del área urbana debemos considerar la existencia de asentamientos irregulares, muchos de ellos producto de invasiones a predios en los cuales se ha reclamado a las autoridades correspondientes la instalación de servicios básicos. Asimismo, el establecimiento de nuevos fraccionamientos residenciales para sectores medios y altos ha dado lugar a la ampliación de la infraestructura urbana para hacer frente a sus demandas.

Al poniente de la ciudad de Puebla, Cholula es el principal centro urbano, en donde se concentran las actividades comerciales, religiosas, económicas, educativas y políticas que atraen a muchas personas de los pueblos circunvecinos de la región. En este contexto, resalta la presencia de la Universidad de las Américas (UDLA) y la de diversas empresas de origen foráneo que emplean a personal extranjero ya que en buena medida han sido responsables de la existencia de una importante población flotante de origen internacional.

Definir a esta ciudad es una tarea compleja, pues está constituida por las dos cabeceras municipales ya referidas y algunos de sus barrios. En este sentido, a pesar de existir una división política reconocida por ambos municipios, en el plano geográfico constituyen una sola concentración urbana, lo que hace complicado, para quien no está familiarizado con ella, comprender su configuración. (ver plano 1)

Reconocer los límites de lo urbano a partir de las características morfológicas de este contexto resulta complicado, ya que algunas de las calles ubicadas dentro de la traza de la ciudad continúan dedicadas a la actividad agrícola, lo cual nos está hablando de la coexistencia de actividades rurales y urbanas o como diría Patricia Arias (1993) de lo rururbano. Así,

mientras podemos ver la actividad industrial de empresas como Copa de Oro (productora de sidra) o Roly (productora de alimentos lácteos), podemos observar también las parcelas donde se cultivan flores de ornato y en menor medida maíz y hortalizas.

Es importante destacar que esta ciudad, en relación a su aspecto colonial, ha crecido extensivamente muy poco, incorporando nuevos terrenos a la traza urbana, pero si ha permitido que un importante número de predios que se utilizaban en la agricultura, sean ocupados en la construcción de viviendas principalmente, tanto para los propios nativos de Cholula, como para nuevos vecinos provenientes de la ciudad de Puebla o de otros estados de la república o del extranjero.

En este sentido resulta sumamente significativo el hecho de que se haya construido gran cantidad de condominios horizontales y zonas residenciales en algunos barrios de la ciudad, principalmente en la periferia de la propia Cholula, lo cual ha provocado, por un lado, procesos especulativos en el precio de la tierra, y por otro, la demanda por parte de estos nuevos sectores avocados, de servicios urbanos que no existían en Cholula, o al menos no en esas zonas. (drenaje, agua, teléfono, etcétera)

Dentro de esta misma traza, pero en el municipio de San Andrés, se ha generado otro tipo de infraestructura, entre la que podemos destacar por su importancia relativa, el hotel *Club Med Villas Arqueológicas*, diversas discotecas y hoteles de menor categoría, así como zonas residenciales de nivel medio.

Todas estas transformaciones se han operado a lo largo de las tres últimas décadas, como lo podemos constatar a partir de los trabajos de investigación generados en los años sesenta en esta zona (Marquina, 1970; Bonfil, 1973; Olivera y Carrasco, 1971; etc.) y que nos permiten constatar cuál fue el estado que guardó hasta ese momento la ciudad de Cholula, y en los que no se preveía el desarrollo urbano de esta ciudad como se ha venido dando, sino que se consideraba que el proceso simplemente llevaría a sus habitantes a incorporarse al trabajo asalariado en la industria en expansión, pero que la ciudad mantendría su carácter eminentemente rural.

Desde hace más de tres décadas se han generado proyectos económicos, educativos y de desarrollo de infraestructura en comunicaciones y transportes en la región que vinieron a generar cambios, los que podemos enumerar de manera sintetizada como sigue:

1. El proyecto de investigación Puebla-Tlaxcala realizado por la UNAM, el INAH y la Fundación Alemana para la Investigación Científica (FAIC) a mediados de los sesenta, y que generó una gran cantidad de información en diversos tópicos, la cual consideramos que contribuyó de manera decisiva a evaluar la viabilidad de la inversión privada en la región.
2. La construcción de la autopista México-Puebla, inaugurada en 1962, la cual vino a comunicar a la capital del país con el puerto de Veracruz y con los estados del sureste de México.
3. La instalación de la Universidad de las Américas (antes Mexico City College) a finales de los sesenta en la Hacienda de Santa Catarina, Municipio de San Andrés Cholula, y que para esa época contaba con una población de alumnos y maestros fundamentalmente norteamericanos.
4. La creación del corredor industrial Quetzalcoatl en 1971 a ambos lados de la autopista México-Puebla y que concentró a las industrias más importantes de la entidad.
5. La construcción de la *Recta* (también conocida como via Quetzalcoatl y más recientemente via Volkswagen), vía rápida que une las ciudades de Puebla y Cholula en un tramo de 7 kilómetros construida a mediados de los setenta durante el gobierno estatal del Dr. Alfredo Toxqui, quien a su vez era originario de Cholula.
6. La creación del Aeropuerto de Huejotzingo (desconocemos aún la fecha de su construcción) convertido recientemente en Aeropuerto Internacional, el cual a su vez requirió de una infraestructura carretera que lo conectara con la ciudad de Puebla.
7. La construcción del *Periférico Ecológico*, que parte de la Autopista México-Puebla y atraviesa la recta cerca de la UDLA, y llega al sur de la ciudad de Puebla, construido a finales de los años 90 y que pretende agilizar y desahogar el tránsito al interior de la capital del estado.
8. Finalmente la creación de las reservas habitacionales Atlixcayotl y la construcción de fraccionamientos de viviendas de nivel medio y alto a lo largo de la recta, también a finales de los 90, la cual ha generado la construcción de nuevas calles y avenidas y la rehabilitación de las ya existentes.

Es importante recalcar que los dos últimos son producto del *Programa de Desarrollo Regional Angelópolis*, impulsado por los gobiernos estatal y municipales, durante el sexenio del Lic. Manuel Bartlett, en los que se resaltó la importancia de la región centro-poniente de la

entidad, y en consecuencia, la necesidad de resolver la problemática que enfrentaba fundamentalmente en el área de desarrollo urbano y generación de servicios básicos para la comunidad.

El Programa integró una serie de proyectos específicos en las áreas de: planeación urbana; vivienda y áreas comerciales; agua potable, alcantarillado y saneamiento; tránsito, vialidad y transporte; anillo periférico ecológico; desechos sólidos; modernización del catastro y registro público y promoción industrial en 14³ de los 217 municipios de la entidad y que concentran a más del 30 % de la población total del estado. En este sentido el programa pretendió sentar las bases para un desarrollo planificado.

Con estos elementos podemos ver rápidamente que la presión ejercida sobre esta región ha sido muy fuerte, obligando a una transformación pero también a una actualización de sus formas de organización social, política y económica.

Pero ¿qué pasa con los barrios tradicionales de las ciudades? Evidentemente la vida de estos se ha visto alterada por la modernización. En buena medida la percepción que se tiene tanto de la propia calle como del entorno han cambiado. Asimismo los espacios públicos, privados e íntimos se han transformado. La inseguridad, el aumento en el tránsito de vehículos y de personas, entre otros factores, ha provocado que la separación de lo público y lo privado tenga límites más precisos en relación con los espacios habitados, sin embargo muchas de las actividades privadas poco a poco atraviesan el umbral de lo público, volviendo difícil en ocasiones distinguirlo.

Es importante considerar también que las nuevas colonias, los nuevos fraccionamientos suelen adolecer de espacios para la convivencia y la interacción, debido a que han sido sustituidos por estacionamientos, áreas de tránsito, etcétera y esto, además, genera una exclusión hacia el entorno de los barrios tradicionales en los que la convivencia a partir de actividades comunitarias es fundamental.

³ Puebla de Zaragoza, Amozoc, Cuautlancingo, Coronango, Juan C. Bonilla, Ocoyucan, San Andrés Cholula, San Pedro Cholula, Tlaltenango, San Miguel Xoxtla, Huejotzingo, San Martín Texmelucan y Domingo Arenas. Cuaderno Estadístico op.cit.

Dentro de este contexto se han operado importantes cambios en otras esferas de la vida urbana y donde los grupos de sexo y edad están teniendo, no sólo formas de encuentro y de convivencia distintas, sino que ello está incidiendo en la manera en que habitan la ciudad.

Esto lleva a que las interacciones cambien, tanto por el sentido que se les atribuye, como por los espacios que se emplean, propiciando una diferenciación en la apropiación y construcción de ellas. Así, si los jóvenes se apropiaban anteriormente de una tienda o una esquina, quizá ahora se desplacen a un parque o a una cafetería, en busca de esos espacios en donde puedan reunirse y convivir con iguales.

Es un hecho que los distintos sitios en los que se desarrollan las actividades cotidianas se alejan cada día más. Mientras que hasta hace algunos años la vida se organizaba al interior del barrio, en donde además solía realizarse la actividad laboral o productiva, y era posible encontrar allí la mayor parte de los establecimientos, puntos de encuentro, etcétera, hoy en día el crecimiento de la ciudad provoca que muchas de esas actividades impliquen desplazamientos mayores que para el caso que nos ocupa, suele implicar traspasar sus límites para acudir a otras poblaciones más o menos cercanas. En particular las ciudades de Puebla y Cholula han desarrollado una suerte de interdependencia, ya que mientras muchos de los habitantes de Cholula se trasladan a Puebla para acudir a sus centros laborales, muchos jóvenes de Puebla acuden a las discotecas ubicadas a lo largo de la Recta, principalmente los fines de semana por la noche.

En este contexto cabe preguntarse ¿cuál es la percepción de los sujetos respecto de la ciudad y ello qué incidencia tiene en la creación de nuevos sitios para la socialidad?

Evidentemente esta pregunta conlleva muchos matices que permitan establecer miradas parciales de la ciudad, y que nos lleve a entender de mejor manera nuestro objeto de estudio. Es decir, encontraremos importantes diferencias si la enfocamos a diversos sectores sociales que habitan zonas distintas de la ciudad.

Ante este panorama general resulta necesario preguntarse ¿cómo repercuten todas las transformaciones que se están dando en los centros urbanos en general y en particular en la ciudad de Cholula, en la manera en que la gente la habita?, y en este contexto, ¿cuál es el papel que juegan los programas de desarrollo urbano, en la manera en que los sujetos viven y se apropian de los diferentes espacios?

Por lo anteriormente planteado nos hemós propuesto analizar cómo incide el desarrollo urbano regional en la percepción del espacio y su apropiación por diversos sectores sociales caracterizados por su origen sociocultural principalmente.

Siendo consecuentes con este interés, consideramos necesario investigar cuáles han sido los principales factores de desarrollo urbano regional y cómo han incidido en la transformación de la ciudad de Cholula; asimismo investigar la percepción que se tiene del entorno urbano por parte de los diversos sectores sociales, examinando cómo incide ello en el establecimiento y ulterior modificación de rutas e itinerarios urbanos, y ello que incidencia tiene en las diversas formas de interacción social; y por último comprender el papel de los mapas mentales como formas de interpretación y representación del entorno urbano.

Partimos de la hipótesis de que Cholula para nativos y avecindados tiene connotaciones distintas. Mientras que para los primeros representaría la existencia de dos áreas urbanas unidas físicamente pero separadas administrativa, histórica y culturalmente; para los segundos representaría un territorio en el que lo rural genera un ámbito bucólico adecuado para apartarse del estrés que genera la vida de las ciudades y lo suficientemente cercano a la ciudad de Puebla que otorga los satisfactores urbanos necesarios para la vida cotidiana.

Asimismo sostenemos que la percepción del espacio se genera a partir de la relación que el sujeto establece con el mismo, y en este sentido, es producto de los recorridos que realiza en la ciudad. Por ello la percepción del espacio es fragmentaria, pues no abarca "todo" el espacio urbano.

En este sentido nativos y avecindados de Cholula comparten el espacio urbano pero no los usos que se hacen de él, lo cual suele generar incompatibilidad e incompreensión entre ambos sectores. En este sentido, consideramos que el análisis de los mapas mentales nos permitirá entender esa *fragmentación*⁴ urbana en la que más que observar una diferenciación de los espacios por sectores sociales, es el tiempo, expresado en horarios, fechas, temporadas, lo que da sentido a la apropiación diversa de esas áreas urbanas.

⁴ Usamos el termino *fragmentación* para referimos a esos lapsos de tiempo en los que unos y otros ocupan gran parte de esos espacios de manera alternada y cuando puede existir un transito de unos y otros pero realmente sin invadir los momentos del otro.

1. Ciudad y crecimiento urbano

El término *ciudad* ha servido para hablar de un conjunto de agregaciones humanas a lo largo de los siglos. A pesar de que nos hemos referido a las *ciudades* de la Grecia antigua, a las *ciudades* mesoamericanas, o a las *ciudades* europeas del siglo XIX, por citar sólo algunos ejemplos, sabemos que sus características han sido distintas tanto en su densidad de población, extensión territorial, organización sociopolítica y actividades económicas que en ellas se desarrollan entre otros elementos importantes en cada época y lugar, por ello en cada caso tendríamos que dar cuenta de la especificidad de cada una de ellas para establecer claramente el sentido que damos al concepto. En este sentido, de manera más o menos mecánica, nos hemos referido a lo urbano como lo propio o perteneciente al ámbito de las ciudades; la investigación antropológica, sin embargo, al plantearse el análisis sociocultural de esas concentraciones humanas, nos obliga a establecer con mayor precisión el sentido que daremos a nuestras categorías. Por lo tanto, partiremos en este trabajo del desarrollo de una propuesta teórica en torno a las ciudades y a la actividad urbana que servirá de fundamento a nuestra investigación.

Los estudios recientes en antropología urbana, sin duda han concentrado su atención en los procesos que la globalización está produciendo en las grandes ciudades, megalópolis, capitales, etcétera. No obstante que reconocemos la importancia de ese análisis, creemos que es necesario no perder de vista el efecto que ello tiene sobre poblaciones cuyos referentes locales siguen teniendo una gran fuerza y que su mayor importancia se ha dado a escala regional y para lo cual las referencias a Cholula y Puebla en este trabajo nos serán de mucha utilidad.

La literatura antropológica reciente ocupada de fenómenos urbanos, apunta sobre todo a los estudios realizados en grandes ciudades, pero en pocas ocasiones se dirige a las ciudades medias y pequeñas, que dentro de ese ámbito figuran escasamente como interlocutores en los procesos de globalización, a pesar de que en sentido estricto se hallen imbuidas en ellos. Sin duda García Canclini ha realizado aportaciones importantes al análisis de estos procesos, en los que lo local y lo global están presentes, y que definen muchos desarrollos socioculturales contemporáneos.

Hablar de lo local y lo global en el análisis antropológico, sin embargo, es un asunto complejo, pues atraviesa muchos de los ámbitos socioculturales en los que individual y

colectivamente el sujeto se encuentra inmerso, y donde por lo tanto se enfrenta a la heterogeneidad de sujetos de orígenes diferentes.

Estos procesos a la luz García Canclini nos ponen frente a problemas que no se pueden plantear como simples dicotomías entre lo propio y lo ajeno, y donde los contextos específicos hacen necesario encarar de otra manera la diferencia y la heterogeneidad cultural.

Una de las consecuencias que podemos extraer de esta aproximación diferencial combinada con materiales tan heterogéneos es la necesidad de ocuparnos a un mismo tiempo de la globalización y la interculturalidad. Quienes hablan de cómo nuestro tiempo se globaliza narran procesos de intercambios fluidos y homogeneización, naciones que abren sus fronteras y pueblos que se comunican. Sus argumentos se apoyan en las cifras del incremento de transacciones y la rapidez o simultaneidad con que ahora se realizan: volumen y velocidad. Entre tanto, los estudios sobre migraciones, transculturación y otras experiencias interculturales están llenos de relatos de desgarramientos y conflictos, fronteras que se renuevan y anhelos de restaurar unidades nacionales, étnicas o familiares perdidas: intensidad y memoria. (García, 1999: 34)

En este sentido, al hacer referencia a los procesos precipitados por la globalización, no podemos dejar de mencionar a las ciudades de las que hablábamos más arriba, en tanto que están inmersas en esta dinámica, sobre todo cuando el contexto económico a escala regional, como el que ahora nos ocupa, participa a través de gran cantidad de empresas maquiladoras, ensambladoras o productoras de partes automotrices, electrónicas, etcétera, y que conlleva la heterogeneidad cultural, que si bien reconocemos, no es un proceso nuevo a escala regional, sabemos que la globalización ha venido a plantearnos su pertinencia en la discusión en torno a las ciudades.

De hecho la heterogeneidad es casi consustancial a éstas, dado su tamaño y su crecimiento demográfico más o menos desordenado, lo que ha provocado la convivencia de sectores sociales cuyos orígenes regionales o nacionales son de lo más diversos, pero como bien apunta Canclini, los sujetos que en ellos participan resienten la distancia, el desarraigo y la ausencia.

Vale la pena señalar, que la instalación de empresas de origen alemán (Volkswagen así como laboratorios químicos entre otros), norteamericano (la Universidad de las Américas antes Mexico City College) entre otras en la región, propicia la presencia de extranjeros establecidos de manera más o menos temporal tanto en la ciudad de Puebla, como en poblaciones cercanas (Cholula entre ellas), que demandan ciertos tipos de productos y servicios especiales que les ayude a superar la lejanía:

Las dificultades para integrarse a la sociedad receptora fomentan redes de solidaridad, lugares emblemáticos de encuentro y diversión (parques, restaurantes, bares y clubes). Intensifican la participación religiosa, el fervor deportivo y otros rituales en los que puedan re-imaginar la comunidad perdida, lejana, hablar la propia lengua y sentirse protegidos. (García, 1999: 119)

Asimismo es un hecho que las condiciones de pobreza que existen en las regiones del estado de Puebla, han generando importantes procesos migratorios que no en todos los casos se dirigen a la frontera norte de nuestro país, siendo uno de sus principales destinos la capital de la entidad; las direcciones son diversas pero siempre en busca de mejores condiciones de vida.

La capital del país, en diversos momentos, pero de manera importante después del terremoto del 85, ha sido también origen de importantes procesos migratorios que tuvieron como destino el estado de Puebla, y de manera importante la ciudad capital.

García Canclini señala en este sentido:

Se distinguen en la actualidad tres sistemas migratorios: la migración de instalación definitiva o de poblamiento, la migración temporal por razones laborales y la instalación variable, intermedia entre las dos precedentes. Son las dos últimas las que crecieron en las décadas recientes. Sus flujos son controlados y sometidos a duración y condiciones restringidas. (García, 1999: 79)

Más adelante revisaremos las dinámicas migratorias de nuestro país y ello cómo incide en la conformación de esas concentraciones urbanas, particularmente en la región del valle Puebla-Tlaxcala; por ahora solamente deseamos puntualizar que aquella visión que tuvimos del desplazamiento de grandes masas humanas en un proceso que las llevaba a las principales ciudades del país o hacia la frontera norte, ha cambiado o al menos se ha diversificado.

Hemos visto que desde el punto de vista del crecimiento poblacional las ciudades medias y pequeñas han tenido procesos particulares, y distintos a los que presentan en las grandes ciudades y capitales. Ello, también lo hemos mencionado, no se refiere sólo al tamaño y la densidad de estas sino a lo heterogéneo de las poblaciones producto de esos procesos.

Municipios	Tasa de crecimiento 1980-1990	Tasa de crecimiento 1990-2000	Población total 1990	Población total 2000	Tasa de fecundidad 2000
Puebla	2.4 %	2.14 %	1'057,454	1'346,176	2.38 %
San Pedro Cholula	3.2 %	2.16 %	78,177	99,734	2.79 %
San Andrés Cholula	3.9 %	3.1 %	37,788	55,157	2.65 %

Cuadro 1. Como se puede apreciar en la presente tabla la tasa de crecimiento de San Andrés es mayor que la de San Pedro y que la de Puebla aún cuando la tasa de fecundidad es casi igual en las tres poblaciones, lo que nos habla de la importancia que ahí tiene el factor migratorio. Fuente: *XII Censo general de población y vivienda 2000.*

En la actualidad, la migración ha venido a profundizar la heterogeneidad de las poblaciones y con ello a incrementar la cantidad de formas socioculturales de entender el mundo. Cada uno de estos sectores sociales ha tratado de generar aquellos elementos que le den satisfacción en sus valores culturales, lo que ha venido a generar un mosaico de prácticas, muchas de ellas contradictorias, aunque no necesariamente excluyentes. “Puede ser una perogrullada sociológica afirmar que la gente no abraza la diferencia, que las diferencias crean hostilidad, que lo mejor que se puede esperar es la práctica diaria de la tolerancia” (Sennett, 1997: 382)

Los espacios, los territorios señalados, ya decíamos al principio, deben ser entendidos en torno a las prácticas culturales, a la vez que a estas interacciones en donde el otro puede estar a una enorme distancia culturalmente hablando a pesar de que el espacio compartido represente un fragmento del territorio.

Las ciudades han sido clasificadas de muchas maneras partiendo de diversas miradas disciplinarias, atendiendo a factores como actividad económica, estatus político-administrativo y, como en este caso, considerando su importancia relativa a escala nacional y regional.

Puebla, en este sentido, es una ciudad media que, debido a los procesos económicos y sociales que se generaron en la región, ha desarrollado en un área metropolitana de importante crecimiento económico, principalmente industrial, hecho mismo que provocó una dinámica regional muy importante en la que se tiene que considerar como factor clave en todo ese

proceso, la atracción de gran cantidad de trabajadores, desde obreros hasta directivos, tanto nacionales como extranjeros algunos de los cuales se desplazan diariamente grandes distancias desde sus poblados de origen hasta sus centros de trabajo y otros que se han mudado cerca de estas importantes áreas industriales.

Los efectos de estos procesos sin duda son visibles en muchas ciudades de la región y particularmente en la de Puebla, aunque dado el crecimiento desordenado de la ciudad y la poca oferta residencial a su interior, para muchos sectores, principalmente de clase media, ha sido más fácil obtener vivienda de más o menos buena calidad, en venta o renta, en los nuevos fraccionamientos ubicados al sur y poniente de la ciudad.

Esta área metropolitana ha aglutinado a diversas ciudades pequeñas en un rápido proceso de conurbación, principalmente al norte y al poniente de la capital del estado, no sólo respondiendo al crecimiento propio de esas poblaciones, sino a las políticas oficiales que alentaron programas de vivienda en la región, para lo cual se expropiaron grandes extensiones territoriales, donde empresas como *Geo* o *Ara* han construido enormes conjuntos residenciales.

Esto por supuesto se refiere a un crecimiento extensivo del territorio de la ciudad, y al que habría que agregarle el hecho de que al interior de la misma y hasta en zonas céntricas, ha crecido la demanda de vivienda de sectores de distinto nivel socioeconómico. En este sentido es claro que las ciudades no sólo crecen extensiva sino también intensivamente y obviamente con ello crece también en su densidad demográfica.

Fueron muchos los factores relevantes para que se diera este cambio: programas de gobierno, inversión económica en la región, dinámicas sociales, etcétera. Estos factores provocaron que una ciudad importante a escala regional y nacional, desbordara sus límites impactando a muchas poblaciones circunvecinas, tanto de la propia entidad como del estado de Tlaxcala.

En el caso que nos interesa tratar, este es un proceso de una gran importancia pues ha venido a modificar sensiblemente esta región, particularmente en los últimos 30 o 40 años. Obviamente esto tuvo importantes repercusiones en otras áreas de la vida regional y vino a complejizar el contexto sociocultural. Cada uno de esos ámbitos a los que hemos hecho referencia han resentido el importante crecimiento demográfico de la región.

Como lo hemos señalado antes, la identificación de una serie de factores que repercutieron directamente en el desarrollo de la región poniente de la ciudad de Puebla nos puede ayudar a comprender los procesos que hoy en día estamos observando y de los cuales tenemos importantes datos que nos ayudarán a entender la dinámica regional. (George, 1981)

De ahí que al plantearnos el análisis de un contexto como el de Cholula, tengamos que ir reconociendo las profundas contradicciones que presenta aún con un entorno tan cercano como es el de la propia ciudad de Puebla ubicada a solo 7 kilómetros de distancia.

1.1 Lo urbano

Horacio Capel (1975) realizó un interesante ejercicio en el que tras una revisión minuciosa de la manera en que se construye *lo urbano* en geografía, apunta algunas reflexiones que resultan ser sumamente sugerentes para el asunto que aquí interesa.

Cuando Capel se refiere a «lo urbano» lo hace equiparándolo a «la ciudad» cosa que hicimos al principio de este trabajo. Ambos conceptos que pueden ser tratados como sinónimos, cuando entramos al ámbito antropológico en relación con las interacciones sociales, devienen cuestiones distintas, principalmente porque lo urbano, como veremos más adelante, no sólo define de manera explícita y contundente a aquello que existe o se presenta en la ciudad, sino que se convierte en sinécdoque de esta.

El autor señala dos factores problemáticos para definir a las ciudades: por un lado la definición que desde diversas disciplinas se ha elaborado, y que por lo tanto responde a un interés académico para el análisis de este tipo de concentraciones espaciales, y por otro, la que las entidades oficiales de los diferentes países han hecho con fines más bien administrativos. Habría que añadir a ello, los procesos históricos de las ciudades, lo que vuelve más complejo este asunto; es decir, si consideramos el origen y evolución de las ciudades veremos que, como el resto de los procesos socioculturales, ha sufrido transformaciones importantes en respuesta a condiciones histórico-geográficas particulares. De ahí que sea imposible dar una definición que abarcando diversos momentos y situaciones pueda, de una manera amplia, caracterizarlas a todas ellas.

Un ejemplo de esto son los esfuerzos que a escala internacional se han realizado tratando de lograr un consenso que permita unificar los criterios de clasificación de estas:

La Conferencia Europea de Estadística de Praga propuso designar como población urbana al conjunto de personas residentes en agrupaciones de viviendas compactas de más de 10.000 habitantes, y las de 2.000 a 10.000 habitantes si la población dedicada al trabajo de la tierra no supera el 25 por 100 de la población activa total. (George, 1961; citado en Capel, 1970: 14)

Sin embargo, estos esfuerzos han tenido poca resonancia, debido principalmente a que las realidades nacionales son distintas, al estar presentes condiciones económicas, políticas y sociales que responden a las situaciones particulares de cada país. Simplemente al transitar de un país a otro veremos que aspectos tan elementales como población absoluta, densidad de población en núcleos urbanos, actividades económicas y diferencias entre poblaciones pequeñas y grandes provocan que los parámetros propuestos cambien más o menos, y ello a su vez le resta posibilidades generalizadoras a los conceptos.

Por esta razón se ha visto la necesidad de buscar criterios flexibles para su denominación, que permitan su aplicación a diversas circunstancias y que atiendan los desarrollos nacionales y locales, y que por tanto permitan determinar, a partir de esas circunstancias, las características que las ciudades deberán cubrir para ser consideradas como tales.

En este sentido, concluye Capel:

Todo parece conducir a una conclusión que se nos presenta muy clara. Frente a la antigua y tradicional dicotomía, que distinguía simplemente entre lo rural y lo urbano, debemos hoy aceptar una diversidad de situaciones caracterizadas por una complejidad creciente desde el punto de vista de la organización espacial.

De hecho, desde un punto de vista estadístico, la introducción de la noción de área metropolitana -o la de ciudad-región- desde un punto de vista teórico más amplio contribuye a dejar sin valor la antigua dicotomía rural-urbana, ya que existe una coincidencia general en aceptar que en el área metropolitana se incluyen también territorios rurales. La distinción se establece entonces entre regiones metropolitanas y no metropolitanas, aunque ello no deja de plantear algunos problemas. Sobre todo el de saber si estas áreas metropolitanas deben definirse en términos de interacción funcional y homogeneidad, en términos de migraciones laborales diarias, o si se deben unir también los espacios de ocio utilizados regularmente por los ciudadanos; (Capel, 1975:17)

Esta definición nos ayuda a enfrentar de otra manera nuestro problema, en particular si pensamos desarrollos urbanos como los que aquí nos interesan, y que permiten incorporar, ya no sólo las periferias, sino al conjunto de las concentraciones que componen una zona metropolitana, en la que también tenemos que considerar la permanencia de actividades agropecuarias, asentamientos dispersos y formas de organización que no han sido tomadas en cuenta cuando se habla específicamente de ciudades.

Siguiendo la propuesta de Capel, al hablar de área metropolitana, debemos pensar las concentraciones humanas no de manera aislada, sino como parte de un conjunto que se encuentra en constante interacción; para el caso que nos ocupa, al considerar a Cholula como parte del área metropolitana que concentra la ciudad de Puebla, (denominación que para el caso específico fue establecida desde la geografía), y en la que participan otras pequeñas ciudades, así como pueblos dispersos, podemos darnos cuenta de que este es un ámbito en el que coexisten formas de vida, interacciones sociales, maneras de entender el mundo, heterogéneas, no sólo producto de los orígenes socioculturales diversos sino también de las diferentes relaciones que los sujetos establecen con el medio físico en el que se encuentran, y que pueden generar contradicciones al relacionarse con un contexto mayor.

Así, partiendo de estas consideraciones en relación con el entorno urbano, debemos acercarnos a la comprensión de la manera en que los sujetos crean y recrean constantemente ese cuerpo cultural en el que se sustentan esas interacciones sociales. En este contexto tendríamos que empezar a revisar lo urbano como las prácticas culturales que permiten a los sujetos interactuar en un tiempo y espacio sociales y a través del cual se recrean constantemente. Para ello haremos una muy rápida revisión de algunas propuestas que nos han parecido interesantes en relación con este tema, en las que a lo urbano se le ha dado diferentes connotaciones tratando de explicar cómo es que se da la vida en las ciudades.

Capel explora las diversas definiciones que se han hecho de lo urbano desde principios del siglo XX, y en las cuales descubre una serie de rasgos comunes, que son considerados fundamentales al momento de definirlo, y señala:

Los rasgos que con más frecuencia se han considerado para caracterizar el hecho urbano han sido, fundamentalmente, el tamaño y la densidad, el aspecto del núcleo, la actividad no agrícola y el modo de vida, así como ciertas características sociales, tales como la heterogeneidad, la "cultura urbana" y el grado de interacción social. (Capel, 1975: 2)

El término urbano, también nos hace referencia a aquellos hechos, circunstancias o actores, que se definen a partir de que su génesis se da de manera explícita en el ámbito de las ciudades.

Aquí cabría señalar algunas consideraciones que hace Tamayo (1994) cuando revisa el trabajo de la ecología urbana basada en la Escuela de Chicago. Él menciona que para “la ecología humana hay una analogía entre los conceptos de ciudad, de lo urbano y de su relación con la comunidad” que nos vuelven a remitir a las ideas que señalábamos más arriba, y donde es importante comprender los alcances de esta analogía.

Por ejemplo, si retomamos el trabajo clásico de Wirth encontraremos una primera afirmación que resulta significativa y que es la polaridad que asigna al campo y a la ciudad. En buena medida esta visión dicotómica responde a las condiciones que en su momento presentaban ambos ámbitos y a que estos constituían dos formas diferenciadas y excluyentes de entender la organización social.

Líneas más abajo nos dice “Una definición de la ciudad sociológicamente significativa busca seleccionar aquellos elementos del urbanismo que lo caracterizan como un modo distintivo de la vida humana de grupo”(Wirth, 1968: 11) Lo urbano deviene entonces una manera en que la gente se agrupa y vive en las ciudades; son maneras específicas de habitar la ciudad. Debemos resaltar el hecho de que uno de los elementos que para Wirth es fundamental es la distinción entre lo rural y lo urbano y por ello hacer la referencia a un modo de vida característico de las ciudades implica hacer referencia a maneras distintas en las que se establecen las interacciones sociales.

En este sentido, afirma Wirth, es en el ámbito mismo de la ciudad donde se tienen que encontrar los elementos que caracterizan lo urbano pero como un *modo de vida*, es decir, que la ciudad genera formas de vida específicas, que por lo tanto, no se darían fuera de estas. Independientemente de que no se acepte este sentido de lo urbano, lo importante aquí es resaltar su propuesta de que para pensar lo urbano hay que hurgar dentro de la vida misma de la ciudad.

A partir de las variables de tamaño y densidad de las ciudades, Wirth desarrolla algunos planteamientos, considerando las relaciones personales de los sujetos en ámbitos rurales o en las ciudades, tomando en cuenta la manera en que se desplazan, participan en actividades, se

reconocen, etcétera; e inclusive llega a mencionar aspectos como la tolerancia como algo característico de esos ámbitos, como si el hecho de la pertenencia a un contexto urbano, por si mismo, produjera actitudes más favorables para la convivencia social.

Cabe resaltar la mención que hace de los distintos grupos de adscripción del sujeto dentro de la urbe, y el constante cambio que hace de uno a otro. Este reconocimiento es el que nos permite entender la manera en que los sujetos caracterizados por edad, sexo, condición social, se mueven en los distintos ámbitos sociales respondiendo a cada una de sus adscripciones sociales.

Dentro de las características de lo urbano, Wirth resalta algunas más que considera importantes, como subordinar lo individual a lo colectivo; considerar en el análisis la cantidad, densidad y heterogeneidad social, la composición diferenciada de las áreas urbanas y del campo por edad, actividades de los géneros, clases sociales y el establecimiento de nuevas relaciones de parentesco.

No obstante que han pasado más de 60 años desde que Wirth publicara ese pequeño trabajo, muchas de sus aseveraciones deben ser repensadas en el marco del análisis urbano, independientemente de que no estemos del todo de acuerdo con la posibilidad de pensarlo *como modo de vida*, en el que todo giraría en función de las características físicas y demográficas de la ciudad, lo que resulta limitante para nuestra propuesta.

En contraposición con Wirth, encontramos en Capel una apreciación de lo urbano totalmente distinta en la que muestra, desde su punto de vista, que lo urbano no sería ya como un modo característico de la vida en las ciudades.

En efecto, desde una perspectiva sociológica y antropológica puede afirmarse, como se ha hecho, que en los países industrializados -y cada vez más en todo el mundo- toda la población es ya "urbana", en el sentido de que posee pautas de comportamiento, actitudes y sistemas de valores semejantes a los de los ciudadanos. La instrucción y los medios de comunicación de masas, localizados en la ciudad o controlados por ciudadanos, contribuyen a impregnar todo el espacio de la "cultura urbana", homogeneizando en este sentido a la población. "La sociedad entera se convierte en urbana", escribe Henri Lefebvre. (Capel, 1975:19)

Sin dejar de plantear que lo urbano se refiere a sistemas de comportamiento generados en el entorno de las ciudades, señala la importancia de lo que ahora podríamos nombrar como industrias culturales y a que las transformaciones que se han venido sufriendo en los diversos ámbitos socioespaciales nos obligan a considerar muchos factores diversos que van más allá de los estrictamente geográficos, y se hace necesario considerar otros que hagan referencia a lo que pretendemos llamar *urbano*.

Líneas más arriba nos hemos referido a las acepciones de lo urbano y de la urbanidad que, decíamos, no nos están dando los elementos para comprender el sentido que nos interesa en el presente trabajo. La investigación y la discusión en torno a las ciudades sigue generando importantes trabajos en los que ha habido avances importantes; no obstante, la transformación acelerada de los ámbitos urbanos plantea nuevas interrogantes respecto, no sólo del entorno mismo, sino a la manera en que los sujetos van estableciendo maneras de interrelacionarse respondiendo a las condiciones objetivas y subjetivas que el ámbito particular determina.

Por su parte, Eduardo Nivón (1998) propone el análisis de la *cultura urbana*, a partir de la cual podemos ir estableciendo algunos elementos pertinentes para la comprensión de nuestro problema. En primer lugar trata lo urbano como un proceso, y por lo tanto destaca su sentido dinámico. Retoma la dicotomía rural-urbano para señalar el sentido “primigenio de la transformación social” que le asigna a la ciudad. Estos planteamientos sin duda importantes en el análisis de las ciudades incorporan una variable que consideramos importante y es el sentido dinámico de lo urbano. A pesar de que se haya considerado el sentido histórico de las ciudades, generalmente se piensa más en el movimiento de la gente y no en la constante transformación de ese ambiente urbano que Nivón considera como uno de transformación social.

En su reflexión respecto de lo que es la cultura urbana parte de un marco de posibilidad que tiene 3 elementos: 1° considerar la ciudad como espacio privilegiado de la modernidad; 2° el desarrollo de instituciones a partir de las cuales se crea un principio de ciudadanía y 3° la llamada cultura de masas.

Después de analizar estos tres elementos, Nivón plantea el sentido que él ve en el urbanismo, no como modo de vida a la manera de Wirth, sino que afirma «reconocemos que el mundo ha encontrado en la organización en ciudades la forma dominante de la producción científica y tecnológica, de la organización del poder y de la innovación en casi todos los aspectos de la vida social. La urbanización así, no sólo constituye un proceso de concentración

de poblaciones, sino la disposición de un orden, cuyo vínculo con la sociedad industrial parece indisoluble.» (Nivón, 1998: 35) Esos tres elementos retomados por Nivón a partir de los cuales plantea el sentido de lo urbano, recogen tres de los ejes en los que se organiza, a saber: la modernidad, las instituciones y la cultura de masas; es decir, Nivón plantea los elementos que las sociedades de finales del siglo XX generaron en su desarrollo estructurado y a partir del cual las actividades de producción cultural y económica establecieron las condiciones de posibilidad para la construcción de esa cultura urbana.

Nivón propone que es en las ciudades donde se dará una suerte de organización más libre e individualizada, y a la vez reconoce que son las ciudades un factor de apoyo a la producción industrial capitalista.

Vale la pena resaltar que Nivón encuentra una conexión directa de lo que él llama cultura urbana, con el desarrollo de la sociedad de masas, entendiendo que esta se establece a partir de la escala de actividades de la población, una sociedad inclusiva de los más amplios sectores al sistema político, aunque no lo haga al poder, y concluye:

Son, por el contrario, los elementos urbanos concretos del proceso de modernización y la forma en que se constituye y transforma la cultura de masas los que permiten un acercamiento concreto a la cultura urbana. La ciudad no como contexto ecológico, sino como espacio de confrontación cultural entre lo moderno y lo tradicional, de presión por imponer proceso de eficiencia racional a pesar o en contra de la identidad colectiva, y la forma de incorporación y la lucha por la autonomía de las masas urbanas, es lo que da una pauta concreta para el tratamiento de la cultura urbana. (Nivón, 1998: 48)

Lo urbano entonces lo entenderemos en términos procesuales a partir de las diversas interacciones sociales que las dinámicas actuales, tanto en el ámbito de los desplazamientos físicos como de las telecomunicaciones en los que los factores ecológicos ya no son fundamentales para su reconocimiento. Es decir, lo urbano lo estableceremos a partir del lugar donde se ubica, de las acciones que se realizan, de los efectos que genera o de todos a la vez.

1.2 Cholula en el estudio urbano

En un trabajo anterior (List, 2000) tuvimos una intuición con respecto a la vida urbana, en la que los encuentros e interacciones eran lo que le daban sentido, no porque ese tipo de interacciones se desarrollaran en un espacio en particular, sino porque percibíamos que los

encuentros, las relaciones afectivas y sexuales y la manera en que se construían las tribus, de las que en ese momento hablábamos, eran producto de un contexto cultural específicamente urbano.

En ese momento no tuvimos la capacidad para dilucidar teóricamente lo urbano y nos quedamos únicamente con su planteamiento sin poder profundizar en su análisis. En esta ocasión tenemos interés por retomar esas intuiciones para analizar lo urbano a la luz de las interacciones sociales en el contexto particular de Cholula, lo que sin duda nos revelará algunos elementos que serán de gran importancia, y que no alcanzamos a observar en el trabajo que hicimos sobre la ciudad de México.

Con los autores antes revisados hemos podido observar algunos elementos que en diferentes momentos han sido considerados para hacer referencia a lo urbano, y hemos visto la importancia que este concepto ha revestido en la investigación antropológica. El hecho de que nosotros los retomemos, es porque consideramos que nos dará claridad cuando nos refiramos a aquellos elementos de nuestra investigación, que tienen relación con ciertas prácticas sociales que hemos considerado como urbanas.

Con los antecedentes planteados podemos darnos cuenta de que las interacciones sociales serán muy útiles para entender cómo se construye lo urbano y qué es lo que le da sentido. Por ello retomaremos algunos elementos del análisis de la vida cotidiana que es donde se construyen muchas de esas interacciones ya que como afirma Schutz «El mundo de la vida cotidiana es, por lo tanto, fundamentalmente intersubjetivo: es un mundo social» (Schutz, 1973: 36). Ese mundo social es donde se establece el papel que juegan los elementos que le dan vida a lo urbano, visto esto como el elemento a partir del cual se van generando, ahora sí, los espacios de las interacciones, en los cuales las prácticas culturales cobran sentido, pues adquieren un contenido, un significado para los sujetos sociales.

¿Qué elementos dentro de las interacciones nos servirían para comprender lo urbano?

Una de las dimensiones de ello está relacionada con el tiempo: su concepción como bien sabemos es relativa, así como su apreciación por parte de los diferentes sujetos que lo viven, lo utilizan y organizan sus actividades en torno a ello. Esto tiene que ver no solamente con las actividades que realizan los sujetos sino también con el espacio, pues estas son dos dimensiones que en la vida cotidiana se encuentran entrelazadas. En el caso de Cholula, tiempo

y espacio son percibidos y utilizados de distinta manera por los sujetos que allí conviven: mientras que para unos los días de la semana, las horas, los minutos, representan parámetros determinantes en la realización de actividades cotidianas; para otros estas determinaciones las establecen el día y la noche, el calendario ritual, el ciclo agrícola, etcétera, lo cual, en la convivencia cotidiana, no deja de causar fricciones y conflictos ante la incompreensión de unos y otros respecto a los ritmos que cada uno utiliza en la organización de sus actividades.

Respecto del espacio también tendríamos que hacer algunas consideraciones ya que su uso y apropiación simbólica diferenciada, nuevamente genera incompreensiones y hasta intolerancia, ya que su uso, como el del tiempo, tiene que ver con la concepción misma que los sujetos tienen del espacio urbano.

Uno de los elementos que quisiéramos rescatar en este punto es el de la proxemia trabajada por Maffesoli (1990) y a partir de la cual podemos ir entendiendo este sentido de lo urbano.

Maffesoli trabaja el concepto de proxemia dentro de su análisis del individualismo en las sociedades contemporáneas. Su planteamiento nos resulta sugerente en este punto, ya que nos hace referencia a una de las características de la vida en las sociedades contemporáneas, y que es el hecho de la cercanía de los cuerpos, de ese constante entrar en contacto con el otro a partir de que nos encontramos cada vez más cerca y más juntos en los espacios sociales. Estos contactos entre sujetos en la interacción social, han sido definidos y sancionados culturalmente lo cual en un entorno tan heterogéneo como el de Cholula se vuelve más complejo, ya que ello atraviesa desde la manera en que se piensa el espacio habitado, el del tránsito cotidiano, el de los rituales, etcétera, y donde para unos habría una sensación de invasión al espacio vital, para los otros constituiría una forma lógica y cotidiana de convivencia social.

Esta cercanía de la que habla Maffesoli es la que se da, según sus propias palabras, cuando se comparte un mismo territorio sea este *real* o *simbólico* (Maffesoli, 1990:45). Por supuesto para este autor el ámbito en el que se desarrolla el tribalismo al que hace referencia no es lo esencial, y por lo tanto no otorga importancia a este aspecto. Para nosotros, sin embargo, la propuesta de Maffesoli cobra un sentido distinto cuando lo referimos al contexto urbano, pues entonces podemos entender el sentido que cobra la socialidad.

Ese tiempo, decíamos, se entrecruza con la noción de espacio, que a la luz de la historia también se vuelve difuso y hace complejo definir los límites que dividen y fragmentan en un sentido simbólico-religioso, a la ciudad a través de los elementos de este orden: San Pedro y San Andrés, como los personajes bíblicos, son dos municipios hermanados formando una sola ciudad al cobijo de la Virgen de los Remedios, cuya morada se encuentra en lo alto de la pirámide prehispánica, y esta a su vez se localiza en los límites de ambas cabeceras municipales, como para que ninguna de ellas olvide la devoción a su investidura. Sin embargo es esa estructuración territorial lo que ha llevado también a que existan disputas, que de cuando en cuando reaparecen y que actualizan esta separación.

Un ejemplo es la vía del tren, que a decir de Lynch (1998), es borde, no obstante sólo en parte de su extensión es límite entre ambos municipios para después internarse en San Pedro sin perder con ello su condición de borde. Es esta precisamente a la que apelan los habitantes de San Andrés para de cuando en cuando, actualizar la discusión en referencia a esos límites.

En el límite entre ambos municipios, al interior de la ciudad, encontramos pistas de la división territorial: calles pavimentadas que abruptamente se convierten en terracerías, otras que pierden su alineación y algunas otras señales que se reconocen en la cotidianidad, sobre todo con el requerimiento de servicios urbanos, pistas que sin embargo exigen antecedentes a su observador que permitan su reconocimiento.

La estructuración del espacio tiene características particulares que están en relación directa con su desarrollo histórico: barrios tradicionales en torno a un centro⁵ que han hecho que la vida cotidiana se articule siguiendo esa lógica, en la que hasta hace unas décadas las actividades podían resolverse fundamentalmente al interior del barrio y sólo excepcionalmente había que acudir al “centro”, es decir cuando las actividades se salían de la cotidianidad y se pasaba al ámbito del ritual (la fiesta de la Virgen de los Remedios, la feria anual, el carnaval, el 16 de septiembre, etcétera) o simplemente cuando el entorno más inmediato se volvía insuficiente para cubrir las necesidades del hogar (por ello ir al mercado y a las tiendas del centro siempre ha significado una actividad necesaria). Esta lógica de desplazamientos generaban una estructuración del tiempo distinta, en respuesta a las distancias cortas y a que la

⁵ Que quizás en este caso tendríamos que referirnos a dos centros administrativos: San Andrés y San Pedro pero donde este último resulta hegemónico debido a su importancia comercial y religiosa principalmente lo cual nos llevará a analizar a nivel simbólico, cómo se estructura esa centralidad.

medición del tiempo se hacía en consideración de las actividades cotidianas relacionadas con las labores agropecuarias, la cual no necesariamente corresponde a otras formas convencionales de medir y organizar el tiempo a partir de la rigidez del reloj. Es a partir de que el espacio se fue modificando que empezamos a encontrar transformaciones también en la medición y percepción del tiempo, en el que se van incorporando y combinando esas diversas formas de percibirlo. Así en la lógica agrícola de quienes siguen sembrando flores, maíz u hortalizas, el correr del tiempo durante el año se mide en función de siembra, cuidado y cosecha, ciclo que puede repetirse varias veces durante el año dependiendo el producto de que se trate.

Así, cuando alguien dice que va a pasar mañana por mi casa no necesariamente llegará el día convenido y la hora del día puede ser cualquiera. Así, en ese encuentro se da la coincidencia de quien visita y quien espera. Pero si el que espera no está en casa no importa, siempre habrá quien reciba al visitante (o al menos se parte de la idea de que así será) quien no tiene prisa y por lo tanto podrá esperar tranquilamente. En este caso, el único motivo de ofensa sería que alguna demostración de prisa o desesperación. El cambio en las actividades laborales de los nativos cholultecas, muchos de ellos dedicados a oficios diversos: plomería, carpintería, albañilería, etcétera, no lleva a una transformación automática en la percepción del tiempo y por tanto su administración sigue siendo muy semejante a la que utilizan las personas ocupadas en las tareas del campo.

La incorporación de nuevos vecinos, llegados tanto de otras ciudades del país como del extranjero, aunado a la participación de los propios cholultecas en actividades laborales en otras poblaciones, inclusive en la ciudad de Puebla, ha provocado la necesidad de incorporar maneras distintas de concebir y vivir el tiempo, mucho más convencionales, sin que ello lleve necesariamente a la eliminación de las otras formas antes señaladas. De hecho, son estas en buena medida, causantes de las incomprensiones y desavenencias entre nativos y avecindados.

Para todo el mundo, la vida está cada vez más cronometrada. Sólo algunos privilegiados se dan el lujo de la calma y la lentitud, algunas personas sin niños o jubilados, parecen secar a esta ley general. Esta tensión temporal es indisociable de la tensión que generan los espacios de la vida, de trabajo, de ocio, de consumo mercantil, etc., cada vez más disociados entre si por las políticas de ordenamiento territorial y de urbanización, que racionalizan u especializan los territorios. Estos usos del espacio, que acompañan la sensación de que “todo está lejos”, manifiestan en el fondo el vuelo del tiempo en el

sentido doble del término: el tiempo que pasa rápido (que vuela) y el tiempo que roba la vida. (Juan, 2000: 130)

A partir de estas consideraciones podemos darnos claramente cuenta de que cuando nos referimos a lo urbano no lo estamos haciendo como oposición a lo rural, dado que consideramos que nos es en los entornos espaciales donde encontraremos su especificidad. De nada sirve para nuestra investigación decir que lo urbano lo constituyen las calles pavimentadas y el alumbrado público, y que lo rural se da a partir de hay determinados espacios para el cultivo y cría de animales de corral, pues esta delimitación tarde o temprano nos juega trampas en el contexto de las ciudades, pueblos y rancherías de nuestro país.

Para el caso que nos ocupa, ya hemos mencionado la complejidad de su estructura geográfica, debido principalmente a su origen y desarrollo histórico. Cholula a pesar de haber estado siempre directa e íntimamente relacionada con Puebla mantuvo su distancia, y por tanto su especificidad y particularidad como ciudad religiosa y comercial, con una gran importancia relativa en el entorno regional. La consideración en torno a estas dos unidades sociales va más allá de su distinción, a partir de su tamaño o estatus político-administrativo, sino de toda una serie de elementos que le dan sentido y que han permitido su construcción y reproducción histórica y cultural. Al respecto Mariana Portal señala: “En este sentido, el territorio no es sólo una determinante geográfica, es fundamentalmente una construcción histórica y una práctica cultural significativa, en donde la identidad social encuentra sustento” (Portal, 2001; 18) Identidad que se fundamenta en una serie de factores socioculturales entre los que queremos rescatar ese sentido de pertenencia que se establece a partir del reconocimiento de un origen común. De ahí la importancia de explorar ese origen común del cual Portal señala: “La historia local marca la primera impronta identitaria que con el tiempo se convierte en una de las determinantes básicas de la apropiación urbana” (Portal, 2001: 30)

Ya estando en el caso específico de Cholula, desde la época prehispánica se le consideró una importante ciudad caracterizada por sus actividades religiosas y comerciales. Ello no privó a la región de producción agrícola importante, dadas las condiciones de humedad en la región.

Bonfil en su trabajo sobre Cholula (1988) menciona la transformación en la producción agrícola en la región y su importancia en el cultivo del maíz, las flores y el forraje dentro de la ciudad. A treinta años de haber realizado ese estudio vemos que la actividad agrícola se ha reducido considerablemente, aún cuando en los barrios es posible encontrar parcelas dedicadas

al cultivo básicamente de maíz y flor de ornato, y muchos otros terrenos que permanecen ociosos.

Hemos dicho ya que la historia, ese pasado construido y reconstruido, es un importante elemento que da sustento a la identidad colectiva, alrededor de la cual se establece de manera importante la apropiación simbólica del espacio y que en el caso particular de Cholula, permite el reconocimiento de un origen común al interior de los pueblos y barrios y que a la vez permite la distinción entre unos y otros.

En un primer momento tendríamos que considerar la historia oficial que, en la construcción de Cholula se encuentra entrelazada con el tiempo mítico, con ese pasado fundacional cuyas referencias son difusas en virtud de los orígenes diversos de barrios y pueblos en lo particular, y que son los que le dan sentido a Cholula en general.

Cholula, se dice, es la ciudad habitada más antigua de América, con más de dos mil años de existencia. Las referencias históricas mencionan a diversos grupos indígenas que se sucedieron en este territorio ocupando, conquistando, dominando o compartiendo el espacio en el que se fueron estableciendo, generando una división territorial que respondía a una organización que partía de los diversos orígenes étnicos de sus habitantes pero que constituían una sola unidad urbana.

Existen diversas obras que nos hablan del desarrollo prehispánico de Cholula. Algunas de ellas son crónicas de origen colonial y otros trabajos contemporáneos que han hecho la labor de tratar de comprender, a partir de diversidad de fuentes, ese desarrollo. Sin duda, hasta el momento una de las obras más reveladoras es la de Pedro Carrasco (1971), que será una de nuestras principales guías para dar sentido a esos procesos.

Es necesario partir de una premisa que está presente en diversas obras que nos hablan de ese periodo: el hecho de que la población de Cholula se fue dando por grupos de diferentes orígenes étnicos, a lo largo del periodo prehispánico, lo que justificaría en buena medida el hecho de que sus parcialidades pudieran separarse y distinguirse con cierta facilidad, es decir, sin que se diera una resistencia importante por parte de sus pobladores .

Dos son los principales grupos que se mencionan en el proceso de poblamiento local: por un lado los olmecas, mencionados por Carrasco y que más tarde algunos los han relacionado con los olmeca-xicalanca, grupo al que se le atribuye la construcción de Cacaxtla,

en el actual estado de Tlaxcala, y por otra los tolteca-chichimecas. No obstante, estos últimos también son considerados como un grupo compuesto por sujetos de diversos orígenes étnico-culturales. Estas diferencias se hacen patentes cuando se analiza la composición de los barrios prehispánicos y coloniales en los que sus habitantes fueron desarrollando características culturales que les dieron al interior de los mismos.

Carrasco (1971) mismo menciona que durante la época colonial se presentaba la misma dificultad que nosotros hemos expresado para denominar a Cholula como una ciudad o diferenciarla de las estancias y aldeas y señala que «Dando las mismas cifras de población, Torquemada contrasta la ciudad con 'lo que llaman aldeas' El mismo contraste aparece en cantidad de documentos coloniales, si bien hay que notar que bajo el término ciudad podría entenderse a veces la jurisdicción entera de Cholula» (Carrasco, 1971: 32) es decir, no sólo la concentración urbana propiamente dicha sino además las pequeñas poblaciones sujetas a esta.

Siguiendo a este autor, nos dice que Cholula contaba con diversas subdivisiones unas con categoría de cabeceras y otras de menor rango llamadas barrios, aunque en algunos documentos las cabeceras aparecen denominadas como barrios. (ver plano 2) En varios documentos tanto prehispánicos como coloniales se hace referencia a la existencia de seis cabeceras, cada una con sus barrios, que existían antes de la llegada de los españoles y continuaron existiendo después, y señala Carrasco «En 1714 la cabecera de San Andrés se constituyó en república aparte. En el resto de Cholula las otras cinco cabeceras siguieron funcionando» (Carrasco, 1971: 36) Esto tiene sentido si vemos que es la cabecera que más tarde corresponderá a San Andrés, en la que se ubicaban los pobladores de origen olmeca-xicalanca pudo deslindarse del resto de esa concentración urbana sin menoscabo de su integridad cultural, pues se reconocían como culturalmente distintos del resto de los pobladores de Cholula. Esta misma situación fue la que llevó a que hasta el día de hoy, tengamos un área urbana en la que a su interior se reconocen adscripciones político-administrativas distintas entre los municipios de San Andrés y San Pedro Cholula.

Al respecto Gerhard señala:

Cholollan era una vasta concentración urbana con un gran mercado, situada junto a lo que quizás fuese el mayor complejo religioso-ceremonial de América. Según una descripción, el gobierno estaba encabezado por co-gobernantes, temporal y espiritual, con un consejo de seis nobles (otras fuentes dicen cuatro), cada uno de los cuales

gobernaba una sección de la ciudad y sus asentamientos dependientes. Uno de los calpultin, Tenanquiáhuac, parece haber tenido precedencia sobre los otros. (Gerhard, 1986: 116)

Esta apreciación se basa en algunas fuentes comunes y otras distintas a las utilizadas por Carrasco, sin embargo lo que deseamos destacar es el hecho de que existe una coincidencia en el hecho de que eran seis las cabeceras de Cholula (cinco de ellas correspondientes al actual municipio de San Pedro) y que es al momento en que se da la separación de San Andrés cuando se le reconocen otras parcialidades o pueblos dependientes que fueron: San Bernardino Tlaxcalancingo, San Francisco Acatepec, San Bernabé Tesmotitlan, Santa Clara Ocoiuco, Santa María Malacatepec y San Antonio Cacalotepec; reconociéndose además la existencia de ocho barrios al interior del mismo municipio (San Pedro Colomochco, Santa Maria Cuaco, San Miguel Xochimehuacan, San Juan Aquiahuac, Santiago Xicotengo, Santísima Trinidad, Santo Niño Macuila y San Andresito). Además, de acuerdo con Carrasco, las cinco parcialidades restantes dieron paso a los diez barrios existentes en la actualidad, a partir de que cada uno de ellos estaría dividido en dos de acuerdo con la propia estructuración de los mismos y que tenían que ver con toda la cosmovisión prehispánica.

Asimismo Carrasco señala algunas de las características de los barrios prehispánicos que valdría la pena reconocer. Una de estas características es que los habitantes tenían una “cepa o linaje común” lo que podría llevarnos a pensar que estaban organizados a partir del parentesco o del origen étnico, lo cual es mencionado en algunos de estos trabajos, en los que es posible dar cuenta de la individualidad de orígenes de ellos.⁶

De acuerdo con la información existente es probable que los barrios de lo que hoy corresponde a San Pedro hayan tenido diferencias que los reconociera individualmente a partir, ya decíamos, de sus distintos orígenes étnicos, pero de filiación tolteca-chichimeca. En el caso de San Andrés es muy probable que además hubiesen pobladores originarios de Tlaxcala.

Un dato significativo lo ofrece Mercedes Olivera refiriéndose a la separación de San Andrés y San Pedro constituyendo dos unidades político administrativas diferentes, pero conservando la unidad territorial.

⁶ Por otra parte, Olivera señala diversos significados de la palabra barrio: se le llama así a la iglesia donde reside la imagen protectora; está formado por familias que son protegidas por ese santo patrón y también es la sección del pueblo donde viven esas personas junto con los terrenos de donde obtienen sus ingresos.

Es interesante hacer notar que en el siglo XVI San Andrés es la cabecera de Cholula que tenía más familias -1820- y una extensión rural mayor que las otras cabeceras (Carrasco 1971), quizás se deba a esto que se convierte parroquia el año de 1645 y que ya en 1714 se le haya dado la categoría de pueblo y cabecera de República con 4 pueblos dependientes. San Bernardino Tlaxcalancingo, Santa Clara Ocoyucan, Santa María Tonanzintla y San Antonio Cacalotepec, y también el derecho de nombrar sus propias autoridades: gobernador, alcaldes y regidores (Olivera y Reyes: 271). No obstante que con esto se independizó, por así decirlo, del control de San Pedro, la ciudad siempre ha mantenido una supremacía económica y política sobre San Andrés. (Olivera, 1971)

Vale la pena señalar de pasada que la propia Olivera sólo concede el título de ciudad a San Pedro, con lo que San Andrés queda fuera de esa categoría y sin una nominación específica.

Es importante señalar que Olivera afirma que había una oposición de los sanandreseños a la hegemonía de San Pedro, cuando señalan que es a ellos y no a sus vecinos a quien pertenece el santuario de la Virgen de los Remedios, y a la vez que es a ellos a quienes correspondería tener el centro de la ciudad.

A pesar de que ambas poblaciones tienen sus barrios rodeando la pirámide, el límite entre ambas circunscripciones, según Olivera, pasa por en medio del Santuario de los Remedios, encima de la pirámide. No obstante hemos encontrado algunos planos recientes en los que tanto el santuario como la pirámide se encuentran dentro de los límites de San Andrés. (ver plano 3) Esta ambigüedad sin duda ha generado, durante mucho tiempo, disputas entre los pobladores de ambos municipios, dada la enorme importancia religiosa que el santuario de los Remedios reviste a nivel regional.

Consideramos importante mencionar parte de la información que aporta Rojas en su Relación de Cholula cuando dice:

Las casas están edificadas, y se labran hoy al modo que labran los españoles. de piedra tosca, ladrillo y adobe, cubiertas de azoteas encaladas. Las portadas son todas, o de piedra parda y negra labrada de sillería, o de ladrillo que aquí se hace...Todas las aceras q[u]e miran a las calles están labradas de ladrillo, que es una buena vista y, en general, es la mejor casería de indios que hay en toda la Nueva España: junto con estar las calles tan

bien trazadas y derechas como un juego de ajedrez, no hay en todo el pueblo sola una teja... (Rojas, 1984:142)

Este fragmento nos puede dar una cierta idea de cómo, después de la conquista española, se empezó a modificar el sistema constructivo de las viviendas de Cholula, siguiendo esa traza cuadrículada que hoy observamos a partir de la cual se fue estableciendo el tamaño de los solares, muchos de los cuales hasta el día de hoy siguen estando sin construir ya sea porque estén dedicados al cultivo de los más variados productos o porque se encuentren baldíos.

Este es el origen de dos visiones de la organización del espacio de Cholula: la que considera que existe una línea directa entre ese pasado prehispánico difusamente conocido y la organización actual de los barrios, y que por lo tanto la reivindica en relación con él; y aquella que plantea que este origen ha pasado por múltiples transformaciones que hay que considerar a la luz del siglo XXI y en la que se incorpora por supuesto la relación cada vez más cercana y a la vez más conflictiva con otras poblaciones cercanas.

1.3 El estudio de la percepción

Acercarnos al estudio de las ciudades implica necesariamente considerar la manera en que los sujetos las habitan, los recorridos que hacen, los espacios de los que se apropian, la manera en que “hacen ciudad”, etcétera y cómo es que se van generando formas complejas de interacción social.

Hemos ya señalado algunos elementos problemáticos que se relacionan con la construcción misma de lo urbano, y nos hemos dado cuenta de que esa *urbanidad* trasciende el hecho mismo del desarrollo físico de las metrópolis, respondiendo más a elementos culturales relacionados con la socialidad, con la percepción, con la forma en que se generan imágenes urbanas y con el ejercicio mismo de hacer y vivir la ciudad. Sin embargo, este ejercicio de *ciudadanía* en tanto relación con el medio construido, atraviesa por diversos mecanismos, con los cuales el sujeto va estableciendo maneras de interactuar tanto con otros individuos como con el entorno vivido.

Estos mecanismos parten de esas imágenes del entorno urbano y a partir de las cuales estructura ese espacio, de acuerdo con los elementos simbólicos del entorno social. En este sentido Licona señala «Todo sueño, toda ilusión, toda práctica imaginaria, está ligada a lo real, a lo social. Soñamos en función de la cultura que nos acoge, del lugar que ocupamos en la

sociedad. Muchas veces nuestros sueños o imaginarios son biográficos, familiares, locales, pero también tratan de mitos sociales como Dios, la libertad, el amor» (Licona, 1999: 153)

El planteamiento de Licona entonces nos hace referencia a los elementos culturales que construye el imaginario que señalamos. Estas construcciones imaginarias cambian por tanto entre individuos y entre sectores sociales, sobre todo cuando nos enfrentamos a un entorno como el de Cholula, en el que existen, por un lado, grupos sociales de muy diversos orígenes y por otro las referencias espaciales en este entorno remiten a elementos cargados simbólicamente (las iglesias, la pirámide) pero que son percibidos de manera distinta por los sujetos que habitan y transitan por él.

Partimos entonces de que el proceso perceptivo es fundamental en el acto de conocer y por lo tanto de interrelacionarse con el entorno; un acto este en el que el conocimiento del medio por su inmediatez y por ser efímero no crea certidumbre y, dependiendo de la clase de sitio que sea (la propia calle o barrio o por el contrario, un rumbo poco conocido) generará en el sujeto imágenes diversas, diría Durand “de la conciencia indirecta cuando la cosa no puede presentarse “de carne y hueso” a la sensibilidad (1971: 9)

Para Maria Moliner (1998) por ejemplo, percibir es «Advertir, apreciar, notar, enterarse de la existencia de una cosa por los sentidos o por la inteligencia servida por los sentidos» Esta definición, obviamente se circunscribe de manera exclusiva al proceso individual, en el cual el sujeto participa del entorno. Esta definición la debemos trasladar a nuestro objeto de estudio para poder comprenderla en el contexto de nuestra investigación. Partimos, en este sentido, de que el acto de percibir entraña un conocimiento sensorial primario previo a otras formas de conocimiento que implican una relación más estrecha e intensa con el medio, proceso al que Silva le llama, *registro visual*. Estaríamos, sin embargo, refiriéndonos únicamente a ese momento primario e inmediato en el que el sujeto está ante ese entorno, es decir, el momento previo al procesamiento, en el que el sujeto aún no interpreta. Diríamos que es ese momento en el que se nos revela una calle, un edificio, un paisaje, y en el cual empezamos a reconocer ese entorno que observamos, que olemos o escuchamos; percibimos, pero del cual aún no podemos elaborar un criterio.

Por su parte, la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, da como definición de percepción social la siguiente: «Por regla general, se ocupa de los efectos de los factores sociales y culturales sobre la estructuración cognitiva que el hombre forma de su ambiente

físico y social» (1976) De alguna manera, esta segunda acepción se liga a la anterior, al darnos elementos para comprender qué sentido tiene la interacción del sujeto con el medio en el que se mueve; además de que se refiere a los factores sociales y culturales, es decir, que responde a un sentido antropológico, en tanto que no plantea el asunto desde una estructuración de los sentidos con un medio “natural”, sino reconociendo esa carga cultural que el medio en el que se mueven los sujetos, tiene.

Siguiendo a Licona «Mirar un paisaje, admirar un cuadro, ver televisión, dibujar un objeto, caminar por la ciudad, leer una novela, enunciar una palabra, posibilita la irrupción de imágenes. Este conjunto de imágenes nacen súbitamente, como si encendiéramos una luz en la oscuridad. Es un territorio vivo, plagado de acontecimientos, donde las cosas cambian, actúan, y hablan. es una dimensión análoga a lo real. Es y no es lo real porque las imágenes se conducen por su propia historia. Las llamaradas de imágenes son en nosotros como bandadas de pájaros que atraviesan el paisaje» (Licona, 1999: 154) Estas imágenes van dándole sentido al espacio y van construyendo un sentido.

Así, estas imágenes que nacen súbitamente responden por un lado a lo real, es decir a lo percibido inmediato y por otro a los elementos culturalmente construidos y desde lo que interpretamos eso real para construir imágenes; estas por supuesto se corresponden con lo culturalmente existente y que atraviesa por el ámbito del capital cultural; de manera tal que las imágenes no corresponden a las condiciones individual y socialmente existentes.

Las obras citadas hacen referencia al conocimiento a través de los sentidos, sin embargo el acto perceptivo es complejo y por lo tanto requiere ser analizado con más cuidado, pues como decíamos, no es únicamente un registro a través de los sentidos, sino que ese registro conlleva necesariamente una primera interpretación por parte del sujeto.

Cuando hacemos referencia al conocimiento del medio, no nos estamos refiriendo a una observación pasiva, sino a una reflexión de los estímulos obtenidos a través de los sentidos, y que son los que permiten realizar las actividades dentro del espacio geográfico en el que se actúa. Vale la pena que mencionemos además que este acto no es exclusivo de los sitios con los que establecemos un primer contacto, sino que este proceso lo estamos haciendo entrar en acción en el momento en el que circulamos por los distintos ámbitos urbanos, sean estos sitios conocidos o no, pues sobre ellos actúan elementos tan diversos como la hora o el día, los elementos naturales (lluvia, viento, niebla, etc.) y muchas otras contingencias posibles. Esto

que hemos llamado “reflexión de los estímulos” es un primer proceso por el cual se significa ese entorno.

El de la percepción no es un concepto nuevo, pues si revisamos el desarrollo filosófico de las décadas recientes, podemos darnos cuenta de la importancia que el concepto tuvo en el siglo XX y de manera importante en el pensamiento de Merleau-Ponty.(1997) Este autor se refirió de manera particular a la fenomenología de la percepción, definiendola de la siguiente manera: «la fenomenología es asimismo una filosofía que re-sitúa las esencias dentro de la existencia y no cree que pueda comprenderse al hombre y al mundo más que a partir de su “facticidad”» (Merleau-Ponty, 1997: 7). Para el autor, entonces, la función de la percepción es «la de fundar o inaugurar el conocimiento» y de esta manera la diferencia de las sensaciones, y dice «La percepción deviene una «interpretación» de los signos que la sensibilidad va proporcionando en conformidad con estímulos corporales, una “hipótesis” que el espíritu hace para “explicarse sus impresiones”» (Merleau-Ponty, 1997: 55) . Con estos elementos consideramos que precisamente nos da la pauta para referirnos a la noción que nos interesa, es decir, ese acto de conocimiento primigenio a través de los sentidos, sería ese primer paso que se da hacia la construcción de un mapa mental, que se actualiza constantemente y a partir del cual los sujetos toman decisiones, establecen rutas y generan espacios para la socialidad.

Ramón Xirau ubica a Merleau-Ponty entre los existencialistas junto con Sartre, sin embargo del primero nos dice «Lo que le interesa es el mundo viviente de donde venimos y a donde venimos. Este mundo vivo nos señala que las estructuras en las cuales nos encontramos no son estructuras estáticas, sino estructuras temporales, móviles, siempre fluidas. Percibimos un mundo; pero percibir un mundo no quiere decir, primigeniamente, verlo. Significa, más bien, para Merleau-Ponty como para Heidegger, habitarlo; este habitar el mundo es el habitar corporal, carnal.» (Xirau, 1974: 423)

De acuerdo con Roderick Firth (1982) se hace necesario establecer una conexión entre percepción y epistemología para poder desentrañar el problema que aquí interesa. El estudio del conocimiento empírico, basado en parte en la percepción, implica comprender cómo se da este proceso, o podemos decir que se hace necesario comprender cómo es que elementos externos al sujeto pasan a formar parte de su conocimiento. Firth plantea en este texto, la necesaria interrelación entre sujeto y objeto percibido y retoma la cuestión de la experiencia sensorial por parte del proceso perceptivo. Este es un punto que consideramos muy

importante dentro del análisis de la percepción, pues aquí de lo que se trata es de una relación diádica entre sujeto y objeto percibido o en este caso entorno percibido.

Por su parte Yust (1982) incorpora otro elemento a esta complejidad, que es el de los hechos no observados, que sin embargo se presuponen dentro del fundamento empírico del conocimiento, es decir, en ese conocimiento directo que se hace del entorno, intervienen también aquellos otros, que sin tener una observación directa, nuestro conocimiento empírico la sustituye y por tanto no es necesaria una observación a detalle de cada uno de los elementos que la conforman para que podamos presuponer los hechos a los que hacemos referencia y aquí entran muchos otros elementos a considerar imaginarios y simbólicos los cuales se constituyen individual y colectivamente y cuya relación en el entorno específico no necesariamente es directa o inmediata, de manera que podemos hacer referencia que no necesitamos ver, no es necesario tomar un contacto inmediato para poder percibirlo y por lo tanto trasladarlo al plano de lo imaginario.

De manera preliminar diremos que la percepción como la analizaremos más adelante, esta dada por los elementos espaciales guardados en la memoria convertidos en imágenes, de tal suerte que no son hechos pasivos en la recepción de estímulos externos sino procesos activos, creativos y recreativos. Para Licona «la imagen es un medio que hace presente un objeto ausente. Es un mecanismo que tiene el objeto de estar ausente en el seno mismo de su presencia. Toda imagen alterna una ausencia y una presencia. la percepción, a diferencia de la imagen, aprehende al objeto en su presencia. El objeto percibido lo aprehendemos mediante los sentidos y la imagen la recordamos o la evocamos» (Licona, 1999: 154)

Para nosotros ambos son parte de un mismo proceso ya que consideramos que a partir de la percepción se construyen imágenes que luego pueden ser evocadas, pero que parten de una relación del sujeto y el hecho. Ello no se contradiría con la propuesta de Castoriadis, trabajada por Vergara (2001: 24) cuando afirma que la imagen no *representa* algo, «no tiene un objeto a reflejar sino más bien deseos a proyectar, y en todo caso –mediante el simbolismo– elaborar» Nuestro argumento es que de alguna manera esas imágenes hacen referencia al hecho, no en el sentido de trasladarlo de la percepción a la imagen, sino de que ésta parte del hecho mismo.

Desde el punto de vista de Bailly (1979), en el proceso perceptivo, intervienen no sólo los elementos personales o individuales sino también los relacionados con el medio

sociocultural y económico. De ahí que la percepción resulta diferente de acuerdo con el sector o grupo social de que se hable, sea grupo de género, de edad, etc.

Por otra parte, la percepción cambia, o podemos decir que las imágenes percibidas cambian en relación directa con el punto de vista del sujeto y, en consecuencia, verá cómo se transforma el ámbito percibido y en esto juega un papel importante la noción de perspectiva, en tanto que es a partir de esta que se incorporan elementos a la percepción.

Parte importante del proceso perceptivo es la manera con la cual se establecen referencias con el entorno ya sea a través de marcas geográficas o de marcas simbólicas individuales o colectivas. Para el caso específico de la percepción en el medio urbano existen otros elementos presentes: recordemos que las ciudades en la modernidad suelen generar, principalmente en zonas habitacionales, entornos sumamente homogéneos, en los que difícil sería encontrar algún signo de individualidad y por ello generar marcas distintivas que funcionen como hitos es un proceso que lleva tiempo hasta que los sujetos van estableciendo sus propias marcas en el territorio vivido.

1.4 La percepción urbana

Acercarse al conocimiento que las personas tienen del entorno y por tanto el uso que hacen de él, nos lleva a reflexionar acerca de la constante transformación del espacio, en razón de diversas circunstancias, en las que intervienen tanto los efectos naturales del medio (tormentas, heladas, temblores, etcétera), como los efectos de la vida social (que en el caso de Cholula el factor demográfico es uno a considerar); es decir, las diversas variables se mueven en razón de situaciones externas al sujeto. Estas circunstancias provocan que los sujetos le den frecuentemente un sesgo distinto a la percepción del ámbito en que se mueven, o para decirlo más claramente, la percepción del espacio cambia en razón de las circunstancias que hemos mencionado.

Habría, sin embargo, que ir aclarando la noción espacio que nos ayuda a darle sentido a nuestro análisis. Para Michel de Certeau «Hay espacio en cuanto que se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. El espacio es un cruzamiento de movi- lidades. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan. Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad

polivalente de programas conflictuantes o de proximidades contractuales...En suma, el espacio es un lugar practicado. De esta forma, la calle geoméricamente definida por el urbanismo se transforma en espacio por intervención de los caminantes» (de Certeau, 1996:129) Esta noción de espacio le da sentido a esta dimensión aparentemente inocua pero cuyo sentido es esencial para explorar las relaciones que el sujeto establece con el medio en el que se mueve.

Por supuesto, la comprensión del ámbito va más allá de la del espacio como el de las interacciones, pues en él, y sobre todo cuando nos referimos al contexto urbano, se dan muchos otros procesos sociales. Gilberto Giménez señala que «El espacio tendría entonces una relación de anterioridad con respecto al territorio, se caracterizaría por su valor de uso y podría representarse como “un campo de posibles”; como “nuestra prisión originaria”. Correlativamente, el territorio sería el resultado de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo, una “producción” a partir del espacio inscrita en el campo del poder por las relaciones que pone en juego; y en cuanto tal se caracterizaría por su valor de cambio y podría representarse metafóricamente como “la prisión que nos hemos fabricado para nosotros mismos”. En resumen, serían tres ingredientes primordiales de todo territorio: la apropiación de un espacio, el poder y la frontera.» (Giménez, 2000: 22)

Con esta noción, tendríamos que pensar las relaciones que generan los sujetos dentro del ámbito urbano, no como simples encuentros de individualidades, sino como relaciones sociales con lo cual tendría sentido la referencia al campo del poder dentro de la estructuración del territorio. Los tres ingredientes de los que habla Giménez son primordiales para comprender un territorio como el de Cholula, en donde estos se presentan y son representados por los distintos sectores sociales que entonces participan de él. Con estos nos damos cuenta de que un entorno específico sólo se entiende a partir de que se toma en cuenta al sujeto y a las relaciones que establece.

En el caso específico de esta investigación, hemos considerado importante trabajar desde la percepción de ese territorio, debido a que ese conocimiento inmediato de la realidad, al que se refieren las obras que hemos venido revisando, y que en este caso alude al medio urbano, hace que los sujetos tomen decisiones, se muevan, se apropien o eviten ciertos sitios públicos o privados, y a partir de ello vayan construyendo de manera individual y subjetiva, mapas mentales.

Trabajar las relaciones de los sujetos con el entorno desde el ámbito de la percepción, nos lleva por tanto a explorar las relaciones que los urbicolas establecen con su medio, desde las sensaciones creadas por los aspectos visibles de la ciudad (por el tránsito, el ruido, la contaminación) hasta aquellos elementos del entorno que, sin ser visibles (relatos, comentarios o simple intuición respecto a la inseguridad, o por el contrario, confianza respecto a determinado rumbo de la ciudad), no dejan de estar presentes e influir en ese conocimiento del medio. Es importante señalar que ese conocimiento al que hacemos referencia no se basa de manera exclusiva en hechos reales, sino en ciertas condiciones del medio que los sujetos interpretan de distintas maneras.

En el análisis de percepción nos encontramos diferentes dimensiones que nos hablan del papel que los sujetos juegan en ello. Es decir, si bien la percepción parte de una construcción individual, que se da por la interacción del sujeto con el medio, estas percepciones también se van haciendo colectivas, a partir de que los individuos comparten rutas e itinerarios, tanto cotidianos como eventuales, mismos que responden a necesidades e intereses que son atravesados por factores como lugar de residencia, ocupación, edad, sexo, etcétera. En este sentido, la relación del sujeto con el medio es importante pues es en ella donde cada individuo va generando para sí, esa imagen particular del entorno, y es en este proceso individual en el que, sin embargo, se cruzan variables que caracterizan a los diversos sectores sociales, grupos o tribus urbanas. Esto es evidente, por ejemplo, en el caso de los barrios, los cuales, de acuerdo con la propuesta de Giménez, los denominaremos como territorios.

Si por ejemplo, siguiendo a Lynch (1998), analizamos la imagen de la ciudad, podemos ver que todos esos hitos, bordes, barrios, nodos y sendas de los que habla, existen a partir de su construcción subjetiva, y su existencia tiene sentido, a partir de una construcción cultural del espacio, la cual se va haciendo gracias a una serie de referentes aportados por la sociedad de origen, en la que se han ido elaborando maneras particulares de entenderlo. El mismo Lynch menciona: «En cada instante hay más de lo que la vista puede ver, más de lo que el oído puede oír, un escenario o un panorama que aguarda a ser explorado. Nada se experimenta en sí mismo, sino siempre en relación con sus contornos, con las secuencias de acontecimientos que llevan a ello, con el recuerdo de experiencias anteriores.» (Lynch, 1998: 9), sin embargo, esos elementos subjetivos que el individuo mueve, no parten sólo de las referencias particulares de éste, sino de las condiciones socioculturales en las que se encuentra inmerso.

Esta percepción, por tanto, es un ejercicio cotidiano en el que los sujetos van reconstruyendo en cada ocasión esos traslados, que a su vez conllevan un manejo mínimo del espacio, el cual, como sabemos, es fragmentario y por lo tanto se tiene que ir actualizando y a la vez reconstruyendo. Es fragmentario, o quizás debemos denominarlo como parcialmente conocido, a diversas escalas, en relación con los desplazamientos particulares que varían entre los que incluyen el barrio, la ciudad y otras poblaciones (Puebla, Huejotzingo, Atlixco), en respuesta a las actividades individuales laborales, escolares, recreativa, etcétera.

En Cholula, los servicios y comercios se encuentran en su mayoría centralizados alrededor de la Plaza de la Concordia, (centro cívico de San Pedro Cholula) por lo que los desplazamientos a los diversos barrios son poco frecuentes, principalmente para los vecindados que no comparten las tradiciones religiosas que se llevan a cabo en los barrios y que promueven buena parte de los desplazamientos a los diversos rumbos de la ciudad que de otra manera se convierten únicamente, y en el mejor de los casos, en sitios de tránsito para acudir a otras poblaciones. En este sentido, nos estaríamos refiriendo a lo que Giménez llama los territorios identitarios.⁷

Vale la pena retomar de Lynch la idea de la legibilidad del entorno urbano, cuando se refiere a que para sus habitantes sus marcas son fácilmente reconocibles, lo que además aporta a los sujetos una mayor seguridad de movimiento. Recordemos brevemente lo que decíamos atrás, en el sentido de que esta legibilidad, se construye a través de las marcas que se asignan al entorno urbano en donde lo mismo puede funcionar un comercio, un monumento, un graffiti, un tiradero de basura, un jardín, etcétera. En el caso de Cholula, por ejemplo, un *hito* fundamental lo representa el conjunto compuesto por la pirámide prehispánica y el Santuario de la Virgen de los Remedios, donde los diversos sectores sociales lo reconocen por uno u otro elemento, aunque generalmente no por ambos simultáneamente.

Para entender esto, Lynch alude a la *imaginabilidad* que es como denomina a la cualidad de un objeto de generar una *imagen vigorosa* independientemente del observador de que se trate. Esta imagen vigorosa, no siempre responde a las mismas condiciones. Puede ser que se cree a

⁷ Los "territorios identitarios" se caracterizarían, entonces, por el papel primordial de la vivencia y el marco natural inmediato (piedemontes, valles, colinas), juntamente con la posibilidad de desplazamientos frecuentes, si no cotidianos. Serían a la vez los espacios de sociabilidad cuasi comunitaria y refugios frente a las agresiones externas de todo tipo. (Giménez, 2000: 26)

partir de su belleza estética, su valor histórico, su importancia religiosa, etcétera, y no importando a cual de estos valores recurra, fundará en él su sentido y por tanto permitirá que se generalice entre quienes lo identifican. Giménez se refiere a estos elementos como geosímbolos retomando el término de la geografía cultural y de los cuales dice «revisten a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que alimenta y confronta su identidad» (Bonnemaison en Giménez, 2000: 29). Así, siguiendo nuestro ejemplo, la prominencia religiosa de la Virgen de los Remedios por encima de las imágenes, por un lado, y el valor histórico fundacional de la pirámide por otro, hace a estas dos imágenes vigorosas, no sólo en razón de su elevación por encima del resto de la ciudad, sino por su trascendencia simbólica.

En el apartado anterior ya hemos señalado que existe una diferencia entre percepción e imaginario, tratando de mostrar que no obstante que se pueden construir imágenes a partir de lo real percibido, estas no remiten directamente a eso real. En ese sentido, aquí nos estamos refiriendo a dos elementos simultáneamente: por un lado la percepción de estos hitos permite una organización del espacio, funcionando como referentes fundamentales, por otro, ambos también conllevan un simbolismo superior al que se puede encontrar en el resto de la ciudad.

Los entornos urbanos generan imágenes individuales que se van agregando y constituyendo la imagen social, aunque Lynch se pregunta si más bien ¿no es la imagen social la que genera esas imágenes individuales? no obstante, podríamos ver que ambas están más o menos próximas, pero requieren considerar muchos otros elementos que trascienden los aspectos propiamente físicos del medio como su función, su historia, e incluso su nombre y donde nos estaríamos haciendo alusión específicamente, ahora sí, a los imaginarios a los que se refiere Durand (1971).

Asimismo debemos tomar en cuenta que esta percepción no se limita al espacio físico como tal, sino que incluye a los sujetos que en él participan como habitantes, transeúntes, ocupantes transitorios; ejerciendo la socialidad, esperando o desarrollando alguna otra actividad.

Lynch se refiere a los elementos que, como se sabe, estableció en su estudio de la imagen de la ciudad, a saber: hitos, bordes, barrios, nodos y sendas, los cuales consideramos que ya no es necesario volver a caracterizar, pero quisiéramos mencionar que su trabajo va analizando cada uno de esos elementos en ejemplos concretos, señalando aspectos que vuelven más

visibles o que dan mayor importancia a la interacción urbana. Por su parte Giménez hace hincapié en que en la representación moderna del espacio se valdría de la sintaxis euclidiana, con la cual tendrían correspondencia las prácticas de producción territorial de tres tipos de operaciones: «delimitar las superficies creando “mallas”, implantando “nudos” y trazando “redes” (Giménez, 2000: 24)

La dimensión cultural del espacio plantea nuevos problemas al análisis geográfico de las ciudades, pues a partir de ella se dan diversas maneras de entenderlo. En este sentido Estébanez considera que «Tal vez la aportación más sustantiva al estudio del medio ambiente urbano se deba a la Geografía de la Percepción que se apoya esencialmente en el enfoque behaviorista destacando la elaboración de mapas mentales, la percepción del barrio o del centro urbano, así como los estudios sobre preferencias de los lugares y su influencia en la toma de decisiones espaciales (emigración, localización industrial, elección residencial)» (Estébanez, 1995: 50)

Este autor considera que el sentido del lugar es diferente en cada sujeto, pues cada uno tiene sentimientos diferentes, con intensidades desiguales, hacia el lugar que comparten. En este sentido de lugar, afirma Estébanez, se encuentra la presencia de intereses o fuerzas estructurales que quedan fuera del control del individuo. Actúan en ello otros elementos «Además de esas fuerzas estructurales que tienden a crear un modelo territorial conforme con los intereses hegemónicos, existen en el hombre otras fuerzas más o menos desarrolladas, según el grado de alineación, que le incitan a reafirmarse, a buscar la identidad y el enraizamiento con el lugar» (Estébanez, 1995: 53)

El resultante de estos diversos elementos es lo que llama sentido del lugar, el cual no es uniforme en la diversidad de individuos, sino que pueden darse reacciones adversas en un mismo sujeto o grupo de sujetos; por tanto, un mismo lugar verá reaccionar a los sujetos de distintos modos; de ahí que sea necesario hablar de sentidos del lugar los cuales Estébanez, a partir de su investigación realizada en Madrid, los clasifica en seis y los denomina de la siguiente manera: sentido del lugar social, dominado y orientado hacia las relaciones sociales; sentido del lugar apático, la única categoría que carece de sentido de lugar; sentido del lugar instrumental, el barrio habitado como un medio para lograr un fin; sentido del lugar nostálgico, dominado por un sentimiento hacia el lugar que responde a una situación real o imaginaria del pasado; sentido del lugar como plataforma o escenario, cuando las personas dan

este sentido al lugar en el que transcurren sus vidas; y sentido del lugar arraigado, que es cuando se considera muy importante al lugar habitado.

En contraste con ello tendríamos la propuesta de Giménez en la que hace referencia a la pertenencia socioterritorial que permitiría definir a las identidades territoriales. Giménez citando a Pollini destaca su señalamiento en el sentido de que «las pertenencias sociales en general implican la inclusión de las personas en una colectividad hacia la cual experimentan un sentimiento de lealtad» y dice Giménez: ello «implica sobre todo compartir el complejo simbólico cultural que funge como emblema de la misma. (Giménez, 2000: 30) Ahora bien, es un hecho que no todos los sujetos que participan de un territorio comparten ese complejo simbólico del que habla Giménez sino que este se da a partir de que estos experimentan esa pertenencia, ese sentimiento de lealtad al interior del territorio.

Podemos afirmar que la manera de interactuar con el entorno construido es diferente entre sujetos que parten de contextos locales o regionales diversos, y que por lo tanto han aprendido a relacionarse con su medio de manera distinta y ello les permitirá establecer, previamente al uso del espacio, las posibilidades de seguridad que este les ofrece, así como la viabilidad de ejercicio de algunas actividades y la imposibilidad de realización de otras, y cabe mencionar aquí, cuyas identidades territoriales tienen referentes diversos, lo que Giménez llama de socialización primaria de los individuos en el ámbito de múltiples colectividades de pertenencia, territorialmente caracterizadas (Giménez, 2000: 31).

Partamos de un ejemplo: un sujeto que nace y crece en una gran ciudad establecerá sus referentes espaciales de una manera muy distinta a como lo hace alguien que ha vivido en una pequeña ciudad. Obviamente el hecho de que ambos conozcan los elementos de vitalidad urbana, no determina que los perciban y por tanto vivan de la misma manera. El tránsito de peatones y vehículos, el uso de calles, avenidas y vías rápidas, hasta la clasificación y jerarquización espacial de hitos o nodos es distinta en ambos casos, por la cantidad y densidad del tránsito, por los ordenamientos oficiales que norman las actividades urbanas, y hasta por el sentido que en cada uno adquiere la actividad de la ciudad. Y debemos considerar además que existen otros elementos que no son propiamente construidos, los cuales también tienen su participación en ese espacio urbano.

Aragón (1995) hace hincapié en la necesidad de la interdisciplinariedad de la investigación urbana, con la participación de urbanistas, geógrafos, antropólogos y psicólogos.

Con el fin de aclarar la posibilidad de la interdisciplina en estos trabajos, pone como ejemplo estudios realizados en Madrid, en los que usó una muestra de 250 sujetos, con una técnica de dibujo a mano, de un mapa de la ciudad, y con ello se definió lo que Lynch llama la imagen colectiva de la ciudad, donde se pudo descubrir importantes diferencias, a partir de variables como edad, género y lugar de residencia de los sujetos, que producen una imagen de la ciudad poco homogénea a partir de la existencia de elementos clave en diversos rumbos de la ciudad retomados por ellos; y señala como ejemplo: «Con respecto a la edad se observa que los sujetos más jóvenes perciben el centro compuesto por menos barrios que el resto de los segmentos de mayor edad» y más adelante indica «La variable sexo pone de manifiesto la influencia de los centros comerciales en la percepción del entorno de la ciudad» (Aragónés, 1995) Con estos pequeños ejemplos extraídos de sus conclusiones, queremos resaltar que a través de este tipo de trabajos se puede ir obteniendo información parcial de los diversos sectores sociales, con la cual ir recomponiendo el entorno urbano

Ya no se trataría entonces, de considerar a la ciudad como independiente de sus actores sociales, sino de entender cuál es la participación de cada uno de ellos, no sólo en las interacciones que allí se llevan a cabo, sino cómo se reconstruye individual y colectivamente el espacio habitado.

Existen, además de los mencionados, otros factores importantes en esta estructuración mental del espacio: Bailly (1979) señala que los sujetos seleccionan del entorno «no reaccionando más que a lo que les concierne» es decir, de todo el cúmulo de información dispersa en los ambientes urbanos: imágenes, calles, personas, situaciones; los sujetos suelen pasar de manera indiferente sin dar mayor importancia a ellos, y sólo seleccionan aquellos que les son relevantes por alguna circunstancia específica, sea porque resulte algo extraordinario, es decir, que rompa con la imagen esperada, o por el contrario, porque su alta significación dentro del contexto individual, lo haga de rápido y fácil reconocimiento. Si tomamos en cuenta, en este sentido, que las ciudades suelen estar más o menos cargadas de información visual y auditiva, comprenderemos que ningún sujeto estaría en condiciones de reaccionar a todos estos estímulos sin terminar al menos afectado por ellos.

La percepción sólo da imágenes parciales y no integradas. Para Bailly, la percepción es un proceso activo y creativo, punto de partida de una síntesis cognitiva. Los sujetos seleccionan e identifican determinados elementos, dan prioridades a otros y determinan asociaciones;

posteriormente por abstracción, por reagrupamiento de la memoria, obtienen una síntesis cognitiva. Siguiendo esta idea, Vargas menciona: «Al respecto Merleau-Ponty ha señalado que la percepción del espacio no es un añadido de eventos a experiencias pasadas sino una constante construcción de significados en el espacio y en el tiempo» (Vargas, 1994: 49)

En los itinerarios cotidianos, evidentemente el sujeto no memoriza su recorrido completo, y menos aún cuando este se da a través de un transporte sea público o privado, lo que conlleva que se hagan más fragmentarias esas percepciones del espacio. Más bien, durante el recorrido, hay un cierto tipo de elementos que quedan grabados en la memoria del sujeto, los llamados hitos de Lynch, que por alguna razón destacan dentro del paisaje urbano a partir, decíamos, de la mirada subjetiva. En este sentido, muchos otros elementos pueden estar presentes en la memoria pero de una manera sumamente vaga, apenas como un recuerdo distante que no se deja asir totalmente, y que por lo tanto muchas veces podemos tener el recuerdo del lugar, pero muy difícilmente la podemos colocar en su ubicación exacta, dentro de ese cúmulo de imágenes que nos vamos haciendo de la ciudad.

La percepción del paisaje urbano supone la visión de elementos singulares y la integración de la experiencia individual. De acuerdo con Bailly los espacios urbanos son apropiados y divididos por cada individuo de acuerdo con sistemas de referencia propios, donde obviamente intervienen los elementos socioculturales.

En el proceso perceptivo se tienen que considerar las limitaciones físicas propias del ser humano, en cuanto a la potencialidad de los sentidos, y ahí interviene, por ejemplo, la capacidad visual o auditiva, y los elementos socioculturales que lo caracterizan; y esto tiene que ver con el hecho de que determinadas zonas de la ciudad sean favorecidas por sectores sociales cuya posición de clase social incide en su apropiación del espacio, sea este inmediato o distante «el caminante constituye, con relación a su posición, un cerca y un lejos, un aquí y un allá» (De Certeau, 1996: 111). Para ser más claros, no todos los sectores sociales tienen ni la misma movilidad por la ciudad, ni se apropian de igual manera de los fragmentos de ella, marcados por itinerarios que cada uno establece a partir de los diversos consumos que en ella se hacen.

En el estudio de la percepción del espacio se puede encontrar una importante diferencia entre aquellos espacios conocidos, en los que se transita cotidianamente, ya sea habitándolos o usándolos en actividades laborales o recreativas, y el resto, que es captado de distinta manera.

No obstante, aquí diferimos con el autor, pues los sujetos de cualquier edad, en la medida en

La imagen mental de la ciudad es por tanto, parcialmente sectorial (barrios conocidos), y estas áreas se vinculan entre sí mediante flujos visuales lineales que corresponden a los ejes de desplazamiento. Las partes más claras del mapa mental son aquellas que están ligadas al espacio-actividad del individuo. (Bailly, 1979: 50)

Para comprender la percepción urbana, Bailly hace una tipología en la que considera dos variedades de enfoques: uno que analiza los vínculos existentes entre la imagen y lo real, y otro que analiza la varianza entre diversas percepciones; así, para comprender los elementos que permiten al sujeto captar su medio hay que distinguir tres elementos: «la escala, los esquemas lógicos y las referencias».

La escala permite la ordenación y estructuración del paisaje y no es igual para peatones, ciclistas o automovilistas. A partir de los recorridos que el sujeto hace, por medio de esos transportes o simplemente a pie, observa de manera diferente sus referentes espaciales y les asigna distintas características: las distancias de los recorridos pueden considerarse más grandes o más pequeñas de lo que son en realidad, en tanto que se perciben de manera diferente y por lo tanto la elección de una ruta o un itinerario irá en función de esos elementos. En este sentido, De Certeau afirma «Para empezar, si es cierto que un orden espacial organiza un conjunto de posibilidades (por ejemplo, a consecuencia del muro que impide avanzar) el caminante actualiza algunas de ellas. De ese modo, las hace ser tanto como parecer. Pero también las desplaza e inventa otras, pues los atajos desviaciones o improvisaciones al andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales» (De Certeau, 1996: 110)

Cabe incluir aquí la noción de perspectiva, tanto en la percepción visual como sonora. Por supuesto estas diversas perspectivas relacionadas con las distancias le dan sentidos diferentes a los elementos urbanos, y por tanto hacen que los sujetos los perciban de manera distinta, máxime que es precisamente en la urbe, donde elementos sonoros suelen saturar al sujeto, con lo que puede resultar difícil separarlos y discriminar su procedencia, intensidad, etcétera, y por otro lado, la saturación visual es extrema pero sólo incorpora lo inmediato ya que los planos visuales en el ámbito urbano no suelen permitir visiones distantes, sea por la densidad arquitectónica o por agentes contaminantes, por ejemplo.

Bailly distingue la percepción de los adultos, de la cual afirma se hace necesario tomar en consideración la memoria, con lo cual es posible comparar lo que se ve con lo que se conoce. No obstante, aquí diferimos con el autor, pues los sujetos de cualquier edad, en la medida en

que se mueven por el entorno urbano, van incorporando a la memoria elementos del paisaje urbano, con lo cual es posible generar rutas e itinerarios que respondan a necesidades e intereses diversos.

Bailly plantea la importancia de la observación de los itinerarios —con lo cual coincide con De Castro (1999)— como una forma de «aproximación a su aprehensión de la composición del espacio»

Como segundo criterio perceptivo se deben tomar en cuenta los esquemas lógicos, que son preestablecidos por la educación y la cultura, dice Bailly. La modificación de la percepción por los esquemas lógicos se da porque el hombre encuentre o no, en el ensamblado de los elementos urbanos, el funcionamiento lógico que espera. La adaptación al paisaje, al medio y al funcionamiento crea este esquema lógico.

Para percibir la ciudad, el sujeto necesita referencias geográficas o simbólicas. El análisis de la manera de ver del sujeto está precedida por una tipología del objeto, donde se desprenden los elementos característicos de cada uno de ellos, y donde se consideran, no solamente los elementos arquitectónicos, sino también los que corresponden a la naturaleza, es decir, no todo es acción del sujeto sino que también interviene la urbe en ello.

Si bien es cierto que la percepción del signo es función de la estructura espacial objetiva del medio urbano, no lo es menos que también depende del medio cultural y de lo que hemos llamado noción de familiaridad. La hipótesis de familiaridad sigue estando en la base de la percepción. La falta de identidad y de vida en los nuevos conjuntos urbanos y suburbanos, en relación con las zonas más antiguas, nos lleva a plantear el problema del paisaje en términos de percepción subjetiva. (De Castro, 1999: 58)

Por lo tanto, señala que es necesario encontrar en la noción de familiaridad, los elementos invisibles que confieren significación al paisaje. Al respecto Giménez afirma «La identidad regional —cuya existencia nunca puede presumirse a priori—, se da cuando por lo menos una parte significativa de los habitantes de una región ha logrado incorporar a su propio sistema cultural, los símbolos, valores y aspiraciones más profundas de su región» (Giménez, 2000: 39)

En la percepción influyen muchos elementos que no sólo atañen a la imagen observada, sino que son sonidos, olores y muchos otros, que se encuentran presentes en el ámbito urbano. Sin embargo, la teoría cognitiva demostró que había otros elementos que era necesario considerar como la memoria y la cultura, entre otros que participan como estímulos y portadores de mensajes.

Los sistemas perceptivos sin embargo tienen un fuerte elemento cultural. Para Gibson uno de los fundadores de la teoría cognitiva, la percepción sería un proceso de “enriquecimiento” en el que se partiría de una actitud crítica y selectiva y reconoce cinco etapas de este proceso perceptivo:

1. Disociación entre los elementos del medio (selección con relación al conjunto del medio) y determinados objetos.
2. Reagrupamiento de los datos suministrados por los distintos sentidos (covariaciones en las entradas)
3. Transformación de los datos de la percepción (organización, memorización, asociación e identificación)
4. Detección del valor o de la significación de los elementos obtenidos (percepción de los rasgos característicos, clasificación de los objetos y comprensión de su funcionamiento)
5. Desarrollo de una atención selectiva que cabría calificar de «percepción económica» (Gibson en Bailly, 1979: 89)

Hay que considerar también, que la experiencia forma parte del proceso perceptivo y como lo habíamos mencionado anteriormente, es la memoria la que permite que usemos esa experiencia, y con ella es posible tomarla en consideración respecto a los sistemas antes mencionados para su reactivación.

Bailly retoma algunos elementos, que son importantes para analizar cómo es que la percepción incide en el comportamiento humano, y para ello comprender cómo es que este es modificado por el medio. En este sentido, elementos como la densidad de población, el nivel económico, los valores culturales y la edad, entre otros, actúan sobre el género de vida de los sujetos.

Esto nos ayuda a ver que los grupos más solidarios son los que en general conocen mejor su territorio pues están al tanto de lo que pasa en él, aunque como sabemos la cada vez mayor percepción de inseguridad en ámbitos urbanos ha provocado una creciente actitud de aislamiento respecto del entorno a través de rejas, muros, sistemas de seguridad, etcétera.

Es importante resaltar aquí que esta manera de entender y acercarse al espacio físico de las ciudades rompe con la idea de que el entorno es uno, y por lo tanto su estudio parte de los elementos físicos que se encuentran en cada una de sus fragmentos. El espacio urbano tiene que ser visto entonces como el de las interacciones, en el que cada sujeto lo aprehende de distinta manera, y por lo tanto la significación para cada uno de ellos será distinta.

En este sentido, el análisis del espacio urbano, tal como lo planteamos en este trabajo, responde, no a las características físicas únicamente, como lo plantea Lynch, sino que responde a las características socioculturales de los sujetos que se encuentran inmersos en él.

Es importante tomar en consideración también que tenemos diferentes niveles espaciales, que se tendrán que analizar: por un lado tenemos la casa, la calle y el barrio, que serían los niveles más inmediatos en los que se constituye el territorio. Estos ámbitos suelen ser, principalmente en el caso de los nativos, los que mejor se conocen, en los que el sujeto se siente más tranquilo, cómodo y seguro. Por supuesto el caso de los avecindados suele ser distinto, al menos mientras establece la confianza y el conocimiento del medio que le permita moverse en ese espacio acotado.

En un segundo nivel quedaría el camino transitado, a partir de los recorridos y los itinerarios que los sujetos suelen establecer para la realización de sus actividades cotidianas. Junto con este camino podemos ubicar de manera preliminar: el centro de trabajo, la escuela, el mercado, etcétera.

Finalmente tendríamos un tercer nivel espacial en el que ubicaríamos el resto del entorno urbano, el cual será reconocido de distinta manera según sea el caso.

Sin duda existen muchos elementos que nos ayudan a comprender y a apropiarnos del espacio. En los casos de los contextos urbanos tendremos, sin embargo, que acudir a elementos que nos ayuden a comprender su carácter específico y las interacciones que ahí se pueden dar.

1.5 Mapas mentales

El estudio de las representaciones del espacio urbano lo consideramos de gran trascendencia para la comprensión de dinámicas urbanas. Más allá de los planteamientos desarrollados respecto de la fragmentación urbana, la multicentralidad, etcétera; el análisis de estas representaciones permite ir desentrañando la manera en que se habita la ciudad y cómo los diferentes sectores sociales se apropian de ese ámbito de las interacciones, que permiten la construcción de lugares cargados simbólicamente y la generación de identidades urbanas.

Haremos a continuación una revisión y discusión del concepto de mapa mental el cual ha sido trabajado por geógrafos, urbanistas, antropólogos, etcétera; con la intención de comprender los espacios urbanos a partir de la percepción, las representaciones y los comportamientos.

El origen del concepto ha generado polémica entre los estudiosos del ámbito urbano, entre los que no hay un claro consenso al respecto, en parte debido a que se ha generado una serie de propuestas para su comprensión desde diversas posiciones teóricas y disciplinarias, lo que hace difícil su análisis.

De Castro (1999) nos ofrece una mirada informada y no por ello menos polémica de lo que se ha dado en llamar mapas mentales en el análisis espacial. Sin duda, es importante retomar este trabajo para introducirnos en una discusión de una gran actualidad que requiere ser analizada detenidamente.

Este autor ubica una primera referencia a los mapas mentales en la obra de Gould en 1966; a partir de la cual se desarrolla una serie de trabajos entre geógrafos americanos, y de donde es retomado por los investigadores españoles. No obstante, plantea que su instrumentación se ha hecho de una manera simplista, con lo que se ha perdido mucho de la propuesta original, y pone como ejemplos de esto a las obras de Boira y Estébanez, entre otras de geógrafos españoles.

Como señalábamos, este origen no es reconocido por todos los estudiosos de los mapas mentales pues algunos geógrafos –entre los que podemos contar al mismo Estébanez–, así como psicólogos sociales, como Aragonés, consideran que el antecedente se encuentra años atrás en la obra de Lynch: «El hecho de que el paradigma cognitivo tenga gran vigencia en la psicología ha dado ocasión, junto a otras razones, a que el estudio de los mapas cognitivos

tomara gran auge a partir de los años setenta, aunque su principal precedente se encuentra en la obra de Lynch (1960), un planificador del MIT» (Aragonés, 1995: 64)

Esta referencia es muy importante, ya que nos remite a una obra que ha sido retomada por los investigadores dedicados a los procesos urbanos, quienes al menos han hecho referencia a los elementos constitutivos del paisaje urbano. Obviamente, el hecho de nombrarlo o dejar de hacerlo tiene que ver con la manera misma en que se define esa cartografía urbana.

Con el desarrollo de las propuestas de análisis de percepción y comportamiento en geografía realizadas por de Castro, se introduce el concepto de mapa cognitivo a cambio del concepto de mapa mental. Así, distingue a ambos mapas: el mapa cognitivo, continua de Castro, alude a un mapa dentro de la mente, mientras que el mapa mental alude a un mapa de una región, en el que por medio de isolíneas, se establecen preferencias expresadas por los sujetos respecto de diversos temas. Vale la pena tomar en cuenta que la propuesta hecha por de Castro, incorpora planteamientos de la psicología cognitiva, de ahí que dentro de este se resalte más que el ámbito urbano, el comportamiento de los sujetos.

Abilio Vergara abre otra vía para el acercamiento a estos complejos problemas. En un importante trabajo centrado en el estudio de Québec (s/f), plantea la relación entre imaginario y representaciones del espacio urbano, en donde introduce nuevos elementos a esta discusión. En este sentido, establece otro tipo de relaciones en lo urbano, en donde lo que él llama memoria creativa, permite la evocación de itinerarios, con lo cual es posible establecer diferencias, en contraste con de Castro, reconoce su aplicación al conocimiento del entorno urbano. Esta referencia a la memoria creativa nos plantea la incorporación de un elemento que no habíamos destacado lo suficiente, pero cuya trascendencia es muy grande para comprender cómo es que los sujetos pueden construir itinerarios y con ellos mapas mentales. De ahí que retomemos a Portal cuando dice: «Parte de la idea de que la memoria de una colectividad no guarda la realidad misma sino la experiencia que sobre esa realidad han tenido los sujetos involucrados. Parafraseando a Pierre Vilar (1981:29) considero que la memoria colectiva e individual no registra, construye.» (Portal, 2001: 19), y lo hace a través de la incorporación de los elementos espaciales que registra por medio del tránsito en la ciudad pero también de los elementos el imaginario que va incorporando a esos mapas.

Boira, por su parte, señala que cuando se refiere al mapa mental lo que pretende hacer no es el análisis del comportamiento de los individuos sino del conocimiento social del espacio, este último sí es susceptible de ser trasladado al plano urbano, y por tanto la investigación en la que se trabaja, a través de cuestionarios y otros instrumentos, que permitan que los sujetos trasladen ese conocimiento de lo urbano al papel, es perfectamente pertinente para comprender las dinámicas urbanas y con ello se deslinda del planteamiento de de Castro.

Por su parte, Vergara considera que los elementos generales e individuales en la percepción del entorno urbano se entrelazan «que configuran una mirada cruzada y variable que totaliza y fragmenta, y resguarda ciertos espacios singularizados» (Vergara, s/f)

De Castro considera que para comprender estos procesos, es necesario tomar en cuenta la existencia de la memoria de corto y largo plazo. La memoria geográfica, en este sentido, permite al sujeto situarse en el espacio y resolver los movimientos espaciales oportunos. Esta es una memoria abierta a recibir elementos de información, aunque unos se quedan en la de corto plazo y gracias a ella los sujetos pueden moverse por el ámbito urbano utilizando esta reconstrucción del espacio a través de esa memoria que va configurando traslados, trayectorias dentro de lo que denominamos mapa mental.

Cuando un sujeto inicia un desplazamiento, dice De Castro, se recurre a la memoria urbana: de esa memoria emergen los elementos necesarios para hilvanar un recorrido utilizando algunos elementos geográficos, los cuales se seleccionan a partir de nuestra actividad perceptual, con la cual se delinearán algunos elementos que se convierten en hitos urbanos y con lo que se construye un itinerario que utiliza el peatón. En este sentido, dice Vergara: «Hay en nuestra interacción con nuestros lugares una relación que, siendo mediada, extiende esta mediación a los desplazamientos físicos y la memoria» (Vergara, s/f)

A este respecto nosotros tendríamos que resaltar un elemento que hemos trabajado más arriba, y que de paso señala de Castro: la percepción del entorno urbano, junto con la memoria, nos está dando los elementos con los cuales los sujetos estarían desarrollando no sólo sus itinerarios, sino que con ellos estarían ocupando espacios que eventualmente pudieran convertirse en nodos, en hitos e inclusive en lo que nosotros llamamos lugares antropológicos, en la medida en que la socialidad se vuelva más intensa y que pueda aglutinar a sujetos que comparten una afectividad.

Es importante resaltar que los hitos son elementos subjetivos que de manera individual son contruidos. Cuando alcanzan un valor colectivo es porque ese agregado social los reconoce como tales, y no por una cualidad intrínseca de estos.

En definitiva, el escenario es una composición muy individual del sujeto como lo es su memoria. Los hitos encubren una doble realidad; en cuanto piezas de la geografía urbana son comunes a todos los sujetos; en cuanto tales hitos, dotados de un mensaje de orientación, son pertenencias de la interioridad subjetiva. (de Castro, 1999: 15)

Mientras que para Vergara las cartas mentales ponen en orden y dan inteligibilidad al espacio al establecer una articulación determinada con la ciudad, para Golledge «representa los intentos realizados por un experimentador para resumir la información cognitiva en un formato cartográfico externo» (Golledge, 1995:82) Es decir que estos elementos son susceptibles de ser plasmados en el papel, es decir en el mapa mental que el sujeto puede elaborar y en el que va colocando los elementos que la memoria ha retenido y que poco a poco van bajando al papel.

Para De Castro el sujeto no puede establecer esa vista de pájaro como querríamos en el mapa, sino a través de la memoria. En este sentido Vergara afirma: «Es claro que el “lugar alto” se halla en la construcción imaginal y significa que asumimos un mirador y nos desplazamos por otros —de manera semejante que en una ventana virtual— para desde allí desarrollar la observación de mejor manera, aún cuando estemos sentados frente al papel en blanco —a veces será necesario «bajarnos» de nuestros miradores y que caminemos por senderos para luego “sobrevolar”» (Vergara, s/f) En el recorrido mental que hacemos a través de la memoria podemos imaginar la cuadrícula urbana, recorrer las calles, visitar los lugares que conocemos y hasta colocar a las personas en sitios particulares, hacerlos que se muevan y desplazarnos rápidamente hasta otro sitio conocido o que consideramos seguro.

Por su parte, Vergara además de plantear la factibilidad de uso de los mapas mentales, encuentra que estas cartas mentales pueden ser categorizadas a partir de un esquema de Siegel y White y dice:

Para una categorización operativa inicial de las cartas mentales me es útil el esquema de Siegel y White, quienes distinguen tres niveles: a) Las referencias (marcas o

señales), que son los puntos re-marcables; *b*) los itinerarios, que son los caminos que ligan las referencias y; *c*) las configuraciones, que integran *a* y *b*.

Los mapas construyen su sentido instrumental cuando se acompañan de las nominaciones: a un lugar o una referencia le corresponde un nombre; a un itinerario, una narración: el relato los articula, es decir, configura lugares y recorridos, referencias e itinerarios. Por ello es necesario observar las formas de nominar las calles, los lugares públicos, así como los espacios que el poder y los habitantes remarcan o esconden, y que son dignos de celebración, olvido o escarnio en juego diverso entre la nominación oficial y los sobrenombres del uso y la fantasía. (Vergara, s/f: 7)

Estas narraciones y remarcaciones van retomando muchos de los elementos que los sujetos encuentran en la memoria personal y colectiva reconstruyendo sobre papel los diversos itinerarios que a su vez responden a intereses, deseos necesidades que los conduce por la ciudad.

y más adelante dice:

La narración de los recorridos urbanos significan emplazamientos simbólicos en la construcción incesante del nombrar urbano que pretende encontrar anclaje en la memoria y los proyectos ritualizando —conmemoraciones y caminatas mediante— en el presente esta doble mirada que busca encontrar —y construir— miradas para compartir. (Vergara, s/f: 8)

Las diferentes nominaciones que se hacen en torno a las representaciones espaciales de la actividad urbana, nos llevan entonces a ejercicios distintos, en los que la información obtenida no sólo tiene una manera de representación distinta, sino que se refiere a hechos diferentes, los que producirán conclusiones distintas.

No obstante que los comportamientos en el ámbito urbano son de interés de este trabajo, el poder representarnos una serie de actividades que los sujetos colectivos realizan, respondiendo a las condiciones del entrono particular y a sus características socioculturales, serán de gran importancia para poder comprender cuales son las relaciones que los sujetos establecen con un medio que está en constante transformación, y cuya incorporación dentro de

una zona metropolitana, las ha llevado a incorporar rápidamente, prácticas culturales, para poder adaptarse a las nuevas condiciones socioespaciales.

College de México, Instituto de Geografía de la UNAM, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), México, 1996.

Ragonés, José Ignacio, "La psicología ambiental y los estudios urbanos: la cognición ambiental como tema relevante" en García Ballesteros, Aurora (et. al.), *Geografía urbana-1. La ciudad según la ciencia y la experiencia*, Oikos-tau, Barcelona, 1995.

Artes, Patricia, *Novas centralidades urbanas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992.

Ragonés, Antonio, *De lo rural a lo urbano. Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación geográfica entre Ecología Rural y Ecología Urbana en el marco del actual proceso de urbanización global*, Ponencia presentada en el V Congreso Español de Sociología - Granada, 1995.

Jolly, Antoine S., *La percepción de espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbana*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1979.

Boira i Maspués, Josep Vicenç, Reseña de "La geografía en la vida cotidiana" de Constanancio de Castro en *Boletín de la Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, N° 127, Universidad de Barcelona, 5 de diciembre de 1998.

Benfí, Guillermo, *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1988.

Capel, Horacio, "La definición de lo urbano". *Estudios Geográficos*, n° 138-139 (número especial de "Homenaje al Profesor Manuel de Terán"), febrero-mayo 1975.

Tarrasco, Pedro y Olivera Mercedes, *Estudios y documentos de la región Puebla-Tlaxcala*, Instituto Poblano de Antropología e Historia, Puebla, 1971.

de Castro Aguirre, Constanancio, "Mapas cognitivos. Qué son y cómo explorarlos" *Boletín de la Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, N° 33, Universidad de Barcelona, febrero de 1999.

de Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 1996.

Diccionario de uso del español, Gredos, Madrid, 1998.

Jurand, Gilbert, *La imaginación simbólica*, Amorrortu, Argentina, 1971.

Bibliografía

- Aguilar, Adrian Guillermo (et. al.), *Las ciudades intermedias y el desarrollo regional en México*, El Colegio de México, Instituto de Geografía de la UNAM, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Col. Regiones), México, 1996.
- Aragónés, Juan Ignacio, "La psicología ambiental y los estudios urbanos: la cognición ambiental como tema relevante" en García Ballesteros, Aurora (et. al.), *Geografía urbana-1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*, Oikos-tau, Barcelona, 1995.
- Arias, Patricia, *Nueva rusticidad mexicana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992.
- Baigorri, Artemio, *De lo rural a lo urbano. Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación epistemológica entre Sociología Rural y Sociología Urbana en el marco del actual proceso de urbanización global*. Ponencia presentada en el V Congreso Español de Sociología - Granada, 1995.
- Bailly, Antoine S., *La percepción del espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1979.
- Boira i Maiques, Joseph Vincent, Reseña de "La geografía en la vida cotidiana" de Constancio de Castro en *Biblio 3W* Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales, N° 127, Universidad de Barcelona, 5 de diciembre de 1998.
- Bonfil, Guillermo, *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1988.
- Capel, Horacio, "La definición de lo urbano". *Estudios Geográficos*, n° 138-139 (número especial de "Homenaje al Profesor Manuel de Terán"), febrero-mayo 1975.
- Carrasco, Pedro y Olivera Mercedes, *Estudios y documentos de la región Puebla-Tlaxcala*, Instituto Poblano de Antropología e Historia, Puebla, 1971
- De Castro Aguirre, Constancio, "Mapas cognitivos. Qué son y cómo explorarlos" *Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, N° 33, Universidad de Barcelona, febrero de 1999.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, Univeridad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 1996.
- Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1998.
- Durand, Gilbert, *La imaginación simbólica*, Amorrortu, Argentina, 1971.

- Durand, Gilbert, *Lo imaginario*, Del bronco, Barcelona, 2000
- Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Sills, David, (dir.) Aguilar, Madrid, 1976.
- Estébanez Alvarez, José, "La dimensión espacial en el estudio de la ciudad" en García Ballesteros, Aurora (et. al.), *Geografía urbana-1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*, Oikos-tau, Barcelona, 1995.
- Firth, Roderick, "Experiencia sensorial" en Carterette, Eduard C. y Friedman, Morton P., *Manual de percepción. Raíces históricas y filosóficas*, Trillas, México, 1982.
- García Canclini, Néstor, *Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica*
<http://www.unesco.org/issj/rics153/canclinispa.html>
- García Canclini, Néstor, *La globalización imaginada* Paidós, México, 1999
- Gerhard, Peter *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, UNAM, México, (1972) 1986
- Giménez, Gilberto, "Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural", en Rosales Ortega, Rocío (coord.), *Globalización y regiones de México*, UNAM, Miguel Angel Porrúa, México, 2000.
- Golledge, Reginald G., "Problemas de comportamiento en ambientes urbanos" en García Ballesteros, Aurora (et. al.), *Geografía urbana-1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*, Oikos-tau, Barcelona, 1995.
- Juan, Salvador, "Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana" en Lindón, Alicia (coord.), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*, Anthropos, El Colegio Mexiquense, CRIM-UNAM, 2000.
- Licona, Ernesto, *Imaginario urbano. Memoria, viajes, usos y enunciaciones en Tacubaya*, mecanoscrito, 1999.
- Lindón, Alicia (coord.), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*, Anthropos, El Colegio Mexiquense, CRIM-UNAM, Barcelona, 2000.
- List Reyes, Mauricio, *Jóvenes corazones gay. Género, identidad y socialidad de los hombres gay de la ciudad de México*, Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2000.
- Lynch, Kevin, *La imagen de la ciudad*, Colección punto y línea, Gustavo Gili, España, 1998.
- Marquina, Ignacio (coord.), *Proyecto Cholula*, INAH, México, 1970.
- Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.
- Firth, Roderick, *El urbanismo como modo de vida*, Ediciones 3, Buenos Aires, 1968.

- Melé, Patrice, *Puebla. Urbanización y políticas públicas*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1994
- Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona, 1997.
- Negrete Salas, Ma. Eugeniay Salazar Sánchez, Héctor, "Zonas metropolitanas en México, 1980" en Flores González, Sergio (comp.), *Desarrollo metropolitano. Análisis y perspectivas*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- Nivón, Eduardo, *Cultura urbana y movimientos sociales*, Universidad Autónoma Metropolitana-I, Culturas Populares, México, 1998.
- Portal, Maria Ana, "Territorio, historia, identidad y vivencia urbana en un barrio, un pueblo y una unidad habitacional de Tlalpan, Distrito Federal" en Portal, Maria Ana (coord.), *Vivir la diversidad. Identidades y cultura en dos contextos urbanos de México*, CONACyT, México, 2001.
- Rojas, Gonzalo, "Relación de Cholula" en *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*. Acuña, René (ed.), UNAM, México, 1984
- Rowland, Allison M., "Planeación y gestión de pequeñas ciudades: ¿diferencias de grado o diferencias cualitativas?" en *Ciudades*, N°42, RNIU, Puebla, 1999.
- Senett, Richard, *Cuerpo y piedra*
- Signorelli, Amalia, *Antropología urbana*, Anthropos-UAM-I, Barcelona, 1999.
- Silva, Armando, *Imaginario urbano. Bogotá y São Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo, Bogotá, 1992.
- Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas, *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu, Argentina, 1973.
- Tamayo Flores-Alatorre, Sergio, "Una revisión de las principales corrientes teóricas sobre el análisis urbano" en *Anuario de Estudios Urbanos*, N° 1, UAM-A, México, 1994.
- Vargas Melgarejo, Luz María, "Sobre el concepto de percepción", en *Alteridades*, año 4, núm. 8, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1994.
- Vergara Figueroa, César Abilio, *Horizontes del imaginario. Hacia un recuento con sus tradiciones investigativas*, mecanoscrito, 2001.
- Vergara Figueroa, César Abilio, *Imaginario y representaciones del espacio urbano en Québec. Entre la historia y el turismo*, mecanoscrito, s/f.
- Wirth, Louis, *El urbanismo como modo de vida*, Ediciones 3, Buenos Aires, 1968.

Xirau, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, UNAM, México, 1974.

Yust, R.M. ,“Algunos problemas filosóficos de la percepción” en Carterette, Eduard C. y Friedman, Morton P. *Manual de percepción. Raíces históricas y filosóficas*, Trillas, México, 1982.

Plano 1 (ver plano superior) prácticamente la totalidad de la ciudad de Cholula. En los planos de ella, existen diferentes rasgos de los edificios entre San Andrés y San Pedro Cholula, fundamentalmente en la zona ubicada entre la pirámide y la plaza. En el presente plano es posible apreciar, asimismo, la ubicación de las dos cabeceras municipales al interior de la misma ciudad.

Plano 1 Este plano muestra prácticamente la totalidad de la ciudad de Cholula. En los planos de ella, existen diferencias respecto de los límites entre San Andrés y San Pedro Cholula, fundamentalmente en la zona ubicada entre la pirámide y la Recta. En el presente plano es posible apreciar, asimismo, la ubicación de las dos cabeceras municipales al interior de la misma ciudad.

Plano 2 Pintura de Cholollan que acompañó las Relaciones Geográficas de Cholula de Gabriel de Rojas fechado en 1581. Al centro se aprecia *Ciudad Gabriel de Cholollan* correspondiente al convento de San Gabriel, ubicado frente a la Plaza de la Concordia en el centro de San Pedro Cholula. En el ángulo superior derecho se indica *San Andrés*, cabecera, haciendo referencia a lo que ahora es la cabecera del municipio de San Andrés Cholula.

25 de agosto de 2007. Plano tomado del trabajo de Rafael Méndez Aranda ¡Error! Marcador no definido.

Introducción	1
1. Ciudad y crecimiento urbano	10
1.1 Lo urbano	15
1.2 Cholula en el estudio urbano	21
1.3 El estudio de la percepción	31
1.4 La percepción urbana	36
1.5 Mapas mentales	49
Bibliografía	55

Introducción

1. Ciudad y crecimiento urbano

1.1 Lo urbano

1.2 Cholula en el estudio urbano

1.3 El estudio de la percepción

1.4 La percepción urbana

1.5 Mapas mentales

Bibliografía

Plano

Plano 3 Plano tomado del trabajo de Rafael Méndez Aranda "Restauraciones coloniales" del Proyecto Cholula. En el apreciamos la división entre los municipios de San Pedro y San Andrés y la ubicación de uno de los hitos más importantes de Cholula: la pirámide prehispánica con el Santuario de los Remedios en su parte superior.

25 de agosto de 2001 (Nueva versión del capítulo teórico.doc)..... **¡Error! Marcador no definido.**

Introducción	1
1. Ciudad y crecimiento urbano	10
1.1 Lo urbano	15
1.2 Cholula en el estudio urbano	21
1.3 El estudio de la percepción	31
1.4 La percepción urbana	36
1.5 Mapas mentales	49
Bibliografía	55

Introducción	1
1. Ciudad y crecimiento urbano	10
1.1 Lo urbano	15
1.2 Cholula en el estudio urbano	21
1.3 El estudio de la percepción	31
1.4 La percepción urbana	36
1.5 Mapas mentales	49
Bibliografía	55
Planos	59